

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Esperpentos de fatalidad: Cuentario.

TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

ADRIANA JAZMÍN SORIANO MEDEL

DIRECTOR

Dra. Leticia Romero Chumacero

Ciudad de México, abril 2019

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

ÍNDICE

Primero: Ese sentimiento

Madres	6
Amor	8
Minerva	11
Amigos	15

Luego: Lo que me toca

Revolución	24
Autonomía.....	27
Ella	28
Desconocidos	32
La operación.....	36

Al final: Desde la frontera

A la carta	41
Nubes de plata	43
Inmaculada.....	46
Él	49

Esperpentos de fatalidad/ poética.....	53
---	-----------

Conclusiones.....	100
--------------------------	------------

Bibliografía.....	103
--------------------------	------------

*A la memoria de mi padre.
A mi madre con gratitud.
A Hugo por Ser.
A Juan sin esos 17 años no seríamos posibles.
A Diana por siempre creer.
A Itzel por el comienzo.
A Elizabeth a mi lectora ideal.
A Espergesia por llevarme al infierno.*

Agradecimientos

A la Dra. Leticia Romero Chumacero por la paciencia, su invaluable guía en este camino y las observaciones a este trabajo. A la Dra. Carmen Araceli Eudave Loera por los acertados comentarios para enriquecer este cuentario. Al Dr. Joaquín Guerrero- Casasola por siempre apelar a mi creatividad. Al Mtro. Eduardo Delgado Fabián por las correcciones y comentarios a este trabajo recepcional.

Agradezco el apoyo que la Universidad Autónoma de la Ciudad de México brindó para la realización de esta tesis a través de la beca para la realización de trabajo recepcional o tesis y el apoyo para la impresión y/o empastado de trabajo recepcional o tesis.

Gracias por hacer posible *Esperpentos de fatalidad: cuentario*.

PRIMERO: ESE SENTIMIENTO

Madres

Sabe desde que se lo dijeron que no está bien, pero tampoco lo que vio.

Mientras camina hacia su auto piensa qué habría hecho él. Seguramente nada. Se habría quedado mirándolos durante horas. Sí, seguramente.

Lanza la colilla por la ventana. Es el cuarto cigarrillo y el frío no cede. Este trabajo no le va bien. Su madre se lo dijo antes de morir de enfisema pulmonar. Fuma más desde entonces.

Baja del auto de la institución. Sus pies se hunden en el barro. Alza las solapas de su chamarra y mete las manos en las bolsas. Enciende otro cigarro.

Mientras se acerca, la casa se hace más clara. Ladrillos, lámina y un poco de pintura. Escucha los sollozos de un hombre que está sentado en un tronco junto a la puerta. Está borracho.

Dice que ella se lo buscó, que él había llegado como todas las noches. Sí, un poco pasado de copas, pero que eso era normal.

Los niños estaban todavía calientes. Por eso se sorprendió cuando les hablaba y no le respondían. Esos niños eran suyos y se los había quitado.

El sonido hueco de la olla de peltre en la cabeza de su mujer. El crujido de ya no sabe qué golpe. La sangre entre los cabellos negros y gruesos, en sus manos, en su camisa y en el agua de los trastes sucios.

Uno tras otro se fueron los litros de pulque. Hasta que lo corrieron y tuvo que regresar y sentarse a esperar.

La mujer, cansada por los golpes y el hambre, decidió, aquella mañana, que se había acabado. Acudió a la tlapalería del mercado y pidió veneno para ratas. Preparó el café como todas las noches. La hija mayor notó su nerviosismo mientras el pequeño tomaba, con cuidado de no quemarse, su jarro de café.

Los imagina acostarse y ser arropados por la madre. A ella desvestirse con calma, deshacerse la trenza. La llegada de él, los gritos, los reproches. El primer golpe. Mira el jarro de peltre pendiente de la madre.

Sabe que no debería justificarla, pero se pregunta de nuevo qué habría hecho él. La misma respuesta.

Sale de la casa y exhala otra bocanada de humo mientras mira cómo se llevan al homicida. Sube a su auto, enciende otro cigarrillo y recuerda a su madre mientras mete primera.

Amor

Resulta que el teléfono no deja de sonar. Es cuando me arrepiento de haber lanzado contra la pared la contestadora, una vez que cerraste la puerta, marchándote con la última de tus maletas. No sé por qué piensan que me haré daño. Esas compañeras de la cafetería a quienes se me ocurrió contarles no han dejado de llamar, piensan que no sobreviviré.

Es verdad que te amo, que te amaba mucho, pero eso no quiere decir que olvidaré mi vida, todo lo que he construido hasta hoy. Vaya, hacía tiempo que no estaba sola, que no respiraba el aire para mí. Me ducho sin que espíes o me pidas alguna posición en particular. Cocino con aceite de oliva y no me apresuro en apretar el atomizador del aromatizante o tallar con fuerza el sartén para que no lo notes. Sí, hacía tiempo que no me sentía así.

Después del encierro, cuando pude atisbar la luz del sol otra vez, lo primero que las lagañas me dejaron ver, luego que pude enfocar la mirada, fue esta mesa negra, larga y perfectamente limpia. Me sentaste en uno de los extremos y cocinaste. Aquella carne a la pimienta sabía tan bien que salivé demasiado. Lo notaste, me serviste una copa de vino tinto y secaste las comisuras de mis labios con la servilleta que estaba en la mesa para luego ponerla sobre una de mis piernas. Ahora no sé si fue el hambre o tus dotes de chef lo que hizo que el guiso supiera tan bien.

Después me llevaste a una estética y le pediste a uno de los estilistas un cambio total. Él me miró con tristeza mientras tú le dabas una jugosa propina. Me lavó el cabello, me lo pintó de negro y me lo dejó muy corto. Cuando me miré al espejo mis pómulos se hundían y me dolió mucho cuando me depilaron las cejas. Aún más que las piernas, las axilas o la zona del bikini. El

maquillaje que escogió era grave y elegante. De verdad que cuando terminó era otra, ni mi padre me habría reconocido.

Regresaste y estuviste satisfecho con el trabajo. De ahí me llevaste a una de las tiendas más costosas y escogiste más de diez atuendos para distintas ocasiones en tonos sobrios y francamente masculinos. La dependienta me miraba con una suerte de lástima y envidia que no entendí. Le pediste que te recomendara algunas marcas de ropa interior y nos marchamos. Me hiciste modelar los conjuntos que más te gustaban, pagaste y regresamos a casa.

Ya tenías preparada la recámara para ambos. En uno de los burós estaba la foto de una mujer. Me dijiste que me duchara y que sólo usara una toalla. Me bañé y seguí tus órdenes.

Estabas sentado sobre la cama, desnudo. Me mirabas sin mirarme. Parecía que tratabas de encontrar a alguien dentro de mí. Me arrancaste la toalla y me tiraste sobre la cama, abriste mis piernas y comenzaste el movimiento. Grité, pero me diste una bofetada. Tapaste mi boca y no reparaste en mis lágrimas. Así fue desde entonces. Con el tiempo me acostumbré y me repetía que lo disfrutaba.

Los años pasaron entre regalos, provisiones para la casa, visitas intermitentes a la misma estética y tiendas de ropa con tu supervisión. En cocinar lo establecido por tu inapelable lista de la semana o las visitas al hospital.

Ya habías colocado una foto nuestra al lado de la de aquella mujer. Se nos miraba sonrientes, casi enamorados.

Una de esas noches, luego de lo acostumbrado, me dijiste que a partir de la mañana siguiente podría salir sola por el periódico y buscarme un trabajo. Dijiste que me lo había ganado.

Encontré algo de medio tiempo. La administradora estaba contenta conmigo y al cabo de los meses me convertí en la encargada de la cafetería. Hice amigos entre los empleados. A veces los invitaba a casa y tú eras cortés con ellos. Te convertías en el más amable y dulce esposo. Les

cocinabas cosas ricas, siempre hablaban de ello durante semanas. Me felicitaban por la suerte que tenía, por lo afortunada que era por vivir contigo.

Una vez entré a la cocina de improviso y me di cuenta de que mirabas a la administradora como me viste cuando nos conocimos. Fue ahí cuando me di cuenta de que te amaba. La miré con desprecio y le pedí que se fuera. Los demás, luego de unos incómodos minutos, tomaron sus cosas y se marcharon.

Cuando cerraron la puerta me aventaste contra la mesa y me diste un bofetón. Luego me tomaste de los cabellos y me penetraste. Los vidrios de los platos y copas me perforaban la espalda. Mi sangre se mezclaba con la sopa de cebolla. Fue la primera vez que exhalé contigo. La primera que mi cuerpo se acompasaba con el tuyo, la primera que era sudor lo que corría por mis mejillas.

Pero mientras más interesada estaba, tú perdías las ganas y evitabas cualquier contacto conmigo. Llegabas a casa de madrugada y yo fingía dormir mientras te duchabas. Luego te recostabas y dormías profundamente.

Una mañana mientras desayunábamos me dijiste que te mudarías, que me liberabas. Te grité, te supliqué, te dije que te amaba. Como autómatas levantaste tu plato, fuiste a la cocina, lo lavaste y te marchaste. Antes de cerrar la puerta me anunciaste que en dos días comenzarías con la mudanza.

Intenté de todo, una vez hasta me tomé un frasco de pastillas. Desperté en el hospital. El doctor era el mismo de las otras veces. Me comunicó que habías pagado la cuenta y que me pedías que no lo intentara de nuevo, tu decisión estaba tomada.

Minerva

A Espergesia,
desde mí sin los sueños fragmentados de sus días.

I

Y aquí estamos frente a una taza de café.

Cuando la vi, cuando ella se acercó y me preguntó excusando su reciente ingreso sobre ya no sé qué libro, me pregunté qué lleva a una mujer a trenzar su cabello así y coronarlo con un listón verde. Y así la imaginé: cerrada, hermética, ajena.

No supe del control, de lo cercana que sería. Tampoco de esa suerte de envidia que siento cuando me habla de placeres que no entiendo. Sí, ella es dueña y señora de aquello que al oprimirse nos acerca al paraíso. Ella puede a pesar del espanto y las voces hablar con la precisión de un asesino sobre recovecos, cuevas, túneles de un río subterráneo a mí negado.

Y ahora la miro tomar café, limpiarse las comisuras de los labios y mordérselos recordando lo de anoche.

Muchas veces le he preguntado cómo es que puede encontrar en el cuerpo de un desconocido lo que a mí me lleva meses de reconocimiento en el de cualquiera. Me habla de temperaturas, de lo simple que es el ejercicio en la penumbra de un cuartucho donde la cama tiene pies de ladrillo.

Habla de espasmos, de sudores, de la explosión latente de una rutina rítmica una y tantas veces ejecutada.

Y le hablo de vínculos, de lazos, del después, del cuándo. Le digo que la atmósfera lo es todo, que la entrega depende de eso. Y se ríe y me llama cursi, anticuado.

Para ella se trata de una guerra contra la soledad. De perderse en cada acto y así olvidar los soliloquios de madrugada cuando el discurso, las teorías y los juguetes ya no son suficientes. De que la repetición se convierta en eternidad.

Y le digo que eso es hacer del acto amoroso una fotocopia. Que la práctica no hace al maestro, que se trata de buscar lo irrepetible en el ejercicio concebido por el azar.

Contraataca hablando de lo amoral en el sexo, de la ternura en un cuerpo tibio, nuevo y de su oportuna desechabilidad. Del juego a ser Dios entre las contracciones y los gemidos. Eso es reconocerse en el otro porque en esa desnudez primera no hay mentiras, no hay máscaras: sólo carne.

Pero le digo que el vacío deviene cuando el olor se va, que la ausencia se hace más grande, más honda, irremediable.

Entonces sus ojos se llenan de compasión, de ternura, de lástima dulzona. Mira a través de la ventana como queriendo encontrar las palabras precisas de consuelo, como si en ellas estuviera también su redención.

Y ese su mirar me aterra porque sé que estoy en desventaja. Sí, ella mira, ella busca y yo la espero. La miro recargar la barbilla con aburrimiento sobre su mano. Expirar, cruzar las piernas rozando la mía debajo de la mesa. Sí, se va a no sé dónde y yo, de nuevo, la espero porque la busco, nos busco como ayer.

II

Las sábanas gastadas con agujeros, el olor a desinfectante barato, el destapador en el quicio de la puerta. Ella y yo en esquinas contrarias del cuarto. Ella diciendo, recordando. Yo intentando en

cada trago acercarme, ser lo que espera. Ella aproximándose, tomando ventaja. Yo temblando en el tocador. Entonces el beso y mi respirar exaltado.

Y la batalla comienza: en cada uno de sus movimientos está lo aprendido, lo puesto en práctica ya tantas veces. En los míos la premura, la torpeza. Y luego a pesar mío explotar, irme con ella y entender el egoísmo del aprendiz.

Dolor de cabeza, el sol en la cara a pesar del grosor de las cortinas. La cama y yo. Ella saliendo del baño con el cabello mojado, ella reanudando el preámbulo de anoche. Ella caminando como si no existiera. Ella cerrando la puerta, ella guiñándole el ojo al de la recepción. Yo mirando el color de la alfombra.

III

Le da un trago al café. La miro con angustia. Extiende la mano para tomar la mía y me mira. Entonces entiendo: ya no hay escapatoria.

“Yo nací un día que Dios estaba enfermo. Quizás por eso mi existencia ha sido una suerte de tropiezos, de caídas sin retorno. Estoy hecha de ausencias, de cuentas pendientes. No te culpo por buscar la redención a través de mi cuerpo, porque quizás eso es lo único que me ha pertenecido siempre.

Eres optimista al pensar que así entenderé cuánto me amas porque mi corazón se perdió en las noches azules. Siempre he estado sola y ya no hay cura para eso. Es dulce tu intento como irremediable es mi andar sin recuerdos. Yo voy a donde las voces me llevan, yo no escucho sino su mandato. Te agradezco, porque no sé si lo recordaré más tarde, tu afán por ser mi príncipe encantado, pero soy una princesa que se perdió en sus esperanzas.

Supé desde la primera vez que te vi que llegaría este día: estar sentados frente a una taza de café explicándote por qué no podré quedarme, por qué tienes que irte. Ya no hay prórroga ahora que el suicidio no es una posibilidad. Tú sabes que lo he intentado todo, hasta jugamos a creer que el amor sería el analgésico, el litio, el medicamento que me haría reinterpretar, reconstruir lo que vi en los ojos de aquella niña en el supermercado y las voces no se cansan de repetir. Tú sabes, mejor que nadie, que no hay remedio, que es mi destino y por eso no puedes, no debes ser partícipe.

Es algo que debo hacer sola. Es algo entre él y yo. Hubo una víctima y un victimario y esa es la razón por la que hay que componer el pasado. Lo que haré tiene la justa atrocidad, la crueldad exacta para alguien como él.

Ahora, Ulises, cuando yo me vaya debes olvidarme. Olvida que me llamo Minerva y que me amaste. Que escribiste sobre mí en tus libretas mientras yo hablaba mirando por la ventana, que te recordaba a tu hermana. Que nos hicimos amantes, porque seguramente yo lo haré”.

Se levanta. Se pone la gorra de su sudadera y sale a la calle. Me termino la taza de café frío que olvidó y enciendo mi último cigarro.

Amigos

A partir de un cierto punto ya no hay vuelta atrás. Hay que llegar a ese punto
Franz Kafka

I

Él estaba sentado con la mirada puesta en el reloj. Miraba hacia todos lados y encendía quién sabe cuál cigarro. No era la primera vez que lo seguía, tampoco que permanecía horas esperando a que se cansara de esperarla.

Habíamos ido en el mismo salón desde cuarto de primaria y aún así fingía no conocerme. Volteaba la vista o cambiaba de dirección cuando nos encontrábamos. Y pensar que según su mamá éramos novios porque pasábamos juntos las tardes. No había día en que no fuera por mí a casa. Siempre le decía que mi mamá trabajaba cuando quería saludarla. Ella balbuceaba algunas cosas mientras lo empujaba hacia afuera.

II

Son las cinco y media. Mariana debió aparecer con lo mío hace horas. Las manos me tiemblan más de lo debido. Desde que terminamos tarde más con las entregas. “Me vale madres que quieras dejarlo, que quieras cambiar de vida. Yo, aquí me quedo”. La otra vez fueron dos horas, ya van cinco. Voy en el sexto *expresso* y es mi segunda cajetilla. Ya me leí todos los avisos de ocasión y la sección de empleos de los tres periódicos que tienen. *No llegas, Mariana.*

Inés está sentada en la mesa del fondo. Cree que no la veo, que no la he notado, pero ahí está: sentada y nerviosa. Escondida, como siempre, detrás de un libro. Todavía recuerdo cuando salíamos en bicicleta todos los días, cuando me pasaba la tarea, cuando...

-Lo siento, dice Mariana.

Está parada frente a mí, casi en los huesos. Trae lentes oscuros. Con ese aspecto ya no le es fácil conseguir nada. Se sienta y enciende un cigarro. Hace tiempo que ya no usa blusas o playeras.

—¿Y esos lentes?—le digo.

—Ya sabes, me gusta la onda *darki*, — me dice, mientras enciende el segundo tabaco y se ríe. Se te cae el encendedor, miro los rastros violetas en tu ceja cuando te agachas a recogerlo.

—Ahora sí te tardaste, — le comento en tono sarcástico.

—Ya sé, pero las cosas se ponen densas. Apenas y alcancé a sacar lo tuyo, lo que te debía,— me dice, mientras se pasa el dedo por la nariz nerviosa

I

Le doy vuelta a la página. Mariana aparece, se sienta frente a él y fuma. Hablan. Él la mira tratando de encontrar algo del pasado compartido, pero nada. Pone algo en la mesa. Parece una cajetilla de cigarros, le toma la mano, sin embargo, ella se levanta. Antes de cruzar la puerta se detiene, regresa y le da un beso. Parece que se despiden. Puedo ver un poco de la luz de aquel niño, pero se esfuma apenas pide otro café.

No sé cómo nos separamos. Creo que cuando salimos de la prepa. Nos fuimos a distintos lugares y ella apareció. Siempre me contaba de lo interesante y guapa que era. Aunque llevara una nueva película o un nuevo libro, ella siempre ella. Algo se rompió y jamás pudimos recuperarlo después de esa noche.

II

Le doy el último trago al café, guardo en la bolsa la cajetilla que me trajo Mariana y salgo sin mirar a Inés.

“Ya no hay retorno, te fuiste y es lo único que importa”. Eso me dijo la primera vez que me fui, que intenté dejarla y a ese maldito cuarto de azotea donde todo comenzó.

Siempre dijimos que era temporal. Primero se llenó de los amigos curiosos; luego de los consumidores frecuentes; más tarde, de los clientes de Mariana.

Al principio era divertido, excitante, mirarla trabajar. Regularmente estaba hasta el *pito*, así que solo veía manchas que giraban. De vez en cuando salía por alcohol y cigarrillos o cuando un cliente lo pedía. Recuerdo que la primera vez yo no quería irme, pero Mariana insistió. Cuando regresé, la encontré desnuda y bañada en sangre. Apenas respiraba. Tomé lo de la renta y la lleve a un hospital.

-¿Qué es de usted la señorita? –me preguntó la enfermera de guardia. Jamás había pensado en una categoría que nos definiera. No sabía qué contestar.

-Soy su hermana –alcanzó a decir antes de que se la llevaran.

Desde entonces así me presentaba con sus clientes y nuevos amantes. Había un respeto tácito que me hacía sentir cómodo y vulnerable. Ellos me pagaban por droga y sexo. Con eso pagaba la renta, compraba algo de comida y más material. Con el tiempo me volví un amo de casa excepcional. Mariana y yo éramos felices.

I

Recuerdo que ese día me desperté con una certeza. Nunca había estado con alguien y quería que él fuera el primero. Tomé uno de esos baños largos y pausados donde se siente el cuerpo. Hacía tiempo que lo notaba raro, apartado de todo lo que hacíamos y muy pendiente de su reloj.

Nos vimos en el café de siempre. Sólo se tardó en llegar quince minutos. Encendió su cigarro y me miró. Nunca me había sentido tan invisible. Cuando bebía mi tercer capuchino, saqué las pastillas y las puse sobre la mesa. Él prendió el siguiente tabaco mientras las observaba.

Me preguntó si eso era lo que quería, si estaba segura. Me habló, una vez más, de su amor por Mariana y de la posibilidad de perder nuestra amistad. Tajante, asentí con la cabeza. Pagó la cuenta y nos fuimos.

Jamás había entrado a un hotel, así que permanecí con la cabeza baja mirando la punta de mis tenis. Escuché el tintineo de las llaves mientras caminábamos hacia la habitación 213. Abrió la puerta y me invitó a pasar.

II

Mariana notó que yo olía a Inés. Se puso como loca, aventó las pocas cosas que teníamos: el espejo, las caguamas, la botella de vino que usábamos como florero.

—¡¡Yo lo hago por los dos, para tragar!!, —me decías, gritando.

—Yo también lo hice por los dos, —te contesté mientras te daba las pastillas.

Las miraste un rato sentada. Sabías que los dos habríamos querido olvidarlo, pero un bebé no se olvida. Ya llevabas un mes de retraso, me lo habías dicho sin querer mientras

desayunábamos. Entonces recordé que el papá de Inés trabajaba en una farmacia, entonces le mandé el mensaje.

—¿Inés te las consiguió?,—me inquiriste.

—Sí, su papá es farmacéutico, —te contesté sentado a tu lado en la cama.

—¿Y entonces ella..?,— me decías mientras me tocabas la cara.

—Sí, ella, —te dije al abrazarte.

I

Pasó mucho tiempo antes de que su olor se desvaneciera.

Recuerdo que al salir de ahí, ni me volteó a ver, ni se despidió. Me quedé hasta que me tocaron la puerta. Traté, por todos los medios, de conservar ese momento. Me vestí y regresé a casa antes de que mi padre llegara y se diera cuenta de que no le había dado su medicina a mamá.

Me miré en el espejo tratando de encontrar algo distinto en mí. Lo había, pero en el sentido contrario a lo que esperaba.

Intenté verlo otra vez, pero siempre me mandaba al buzón. El precio fue demasiado alto.

II

Ya no fuimos los mismos. Mariana casi se muere. Las pastillas le provocaron un desgarramiento interno. Me obligó a esperar una semana antes de llevarla a urgencias. Entretanto se calmaba el dolor con coca. Creo que quería morir.

Cuando estaba en el hospital, Inés me llamó. Siempre me fijaba en el número, pero pensé que era urgente y contesté. Me pedía que nos viéramos para charlar. Le di un par de pretextos, pero no cedió. Yo me sentía tan solo que le di la dirección del cuarto.

I

Lo encontré en un rincón picando piedra y bebiendo whisky. Apenas pude pasar entre los bultos de ropa, envases vacíos y basura. Lo abracé sin pensar, antes que nada éramos amigos, habíamos crecido juntos.

Lloraba, no sabía qué contestarle. Hasta ese instante comprendí la profundidad de lo que tenía con ella. Mientras se me deshacía en los brazos, los tres nos moríamos. Sí, ella estaba en un hospital y nosotros aquí llorando.

Para todos siempre fue un niño raro que no hablaba, al que le costaba escribir la tarea o leer en voz alta. El que llegaba despeinado y con la ropa sucia porque a su mamá se le olvidaba. Muchas veces iba de blanco cuando no tocaba. Siempre lo castigaban por eso, siempre se perdía las primeras clases.

Un día a la salida de la escuela su mamá se me acercó. Parecía que me había visto caminar sola camino a casa. Me preguntó que por dónde vivía y me tomó de la mano. Desde entonces caminamos juntos.

II

Inés se marchó temprano. Esta vez no hubo reproches. Me quedé dormido en sus brazos. No lo hacía desde pequeño cuando nos encerrábamos en mi cuarto a ciertas horas del día. Dejó un par de billetes en la mesa y el cuarto medio arreglado.

“Estoy rota”. Mariana bajó como siete kilos. Tenía la mirada perdida mientras regresábamos en el taxi. No hablamos durante días. Tuve que obligarla a comer. Poco a poco languidecíamos. Nos aferramos con todas nuestras fuerzas, pero sabíamos que después de aquello ya no había retorno. Sin embargo, jugamos a creerlo durante unos años más.

I

Antes de encontrármela en la calle había intercambiado algunos mensajes con él. Estaba sentada en la banqueta fumando. Me acerqué a saludarla y apenas me reconoció. Le dije mi nombre y le invité una cerveza. Le temblaban las manos y me preguntaba la hora cada cinco minutos.

Le pregunte cómo estaba, si se sentía bien. Me contestaba con monosílabos. Cuando se le terminaron los cigarros me pidió que le invitara una cajetilla. Me levanté para ir a la tienda por una. Cuando regresé no estaba. Esperé unos minutos y salió del baño. Estaba más tranquila. Me preguntó por él. No supe qué contestar. Se hizo un largo silencio.

—¿Y si vamos al cuarto?, —me preguntó.

—Bueno, —le contesté.

No sé cómo comenzó todo. Si ella me besó primero o fui yo. El asunto es que pasó. Traté de encontrar eso que a él lo hacía volver siempre. La escuchaba, la miraba, la sentía y de pronto todo se desbordó.

II

Estaban ahí dormidas. Quise hacer muchas cosas, pero, al final, me quedé mirándolas mucho tiempo. Al principio pensé que era otro de sus tantos clientes, pero, una vez que enfoque vi que era Inés. Ni me notaron.

Baje las escaleras sin saber a dónde iría. Al final, mientras compraba un par de botellas de whisky, opté por aquel Hotel y pedí la 213.

Cuando desperté en el hospital supé que había tocado fondo. Inés estaba ahí. Fue a la primera que llamaron. No podía verme a los ojos.

Estuvo conmigo hasta que me dieron de alta, pero jamás hablamos. Me llevó a casa de mi madre. Me cuidó algunos días. Sabía que no me gustaba estar solo ahí.

Entonces llegó la llamada.

I

Él ya sabía de qué se trataba cuando lo comuniqué. Le había dado ese teléfono a Mariana sólo para una emergencia. Le dijeron que la habían encontrado muerta luego de que los vecinos ya no soportaron el olor. En el celular de ella estaba ese número, lo había clasificado como emergencias.

Fuimos juntos al entierro. Éramos los únicos. Luego que pusieron la cruz nos despedimos.

LUEGO: LO QUE ME TOCA

Revolución

El mundo cambia cuando dos se miran y se reconocen
Octavio Paz

Me levanto por la mañana. Es tarde, en media hora debo estar en el Ángel de la Independencia y mi casa está a dos horas de camino.

Salgo cuando todos duermen. No quiero que mis padres me interroguen o que mi hermana critique mis pantalones rotos o mi playera del Che, arguyendo mi linda figura. Estoy cansada, harta de dar explicaciones. ¿Por qué es tan difícil entender que lo establecido no me interesa? ¿Por qué que los quince años me dan flojera? ¡Carajo no quiero ser como ellos!

Paso por debajo de los torniquetes, me ahorro unos pesos para una chela o unos tabacos. Corro hacia el metro que está a punto de cerrar sus puertas. Una señora me mira asombrada. No sé si son mis pantalones, la mezcla de colores en mi cabello, o la perforación que traigo en la nariz. Me siento en el suelo, no espero que alguien me dé su lugar y el trayecto es largo.

Entonces lo miro. Entra de la mano de una chica y es como un sueño: alto, delgado, con una mohicana en el cabello, una perforación en la ceja y otra en el labio, unas botas gastadas; su playera tiene la hoz y el martillo, su chamarra, de color verde, tiene incontables parches *punk*. Lo miro.

Me mira porque casi tropieza conmigo. Me sonrío mientras su chica lo jala del brazo y le reclama. Él la besa para contener sus reclamos. Abre los ojos y los clava en mí y es ahí que todo comienza.

Bajamos. Ella con él y yo detrás esperando que avancen y perderme. Cuando desaparecen aprieto el paso. Mis amigos deben estar enojados, hace una hora debí llegar para vender periódicos.

Sólo ella me espera. Está sentada en la banqueta mirando el reloj y con el paquete de periódicos al lado. Me disculpo y, después de besarla, el enojo se le pasa. Esta vez le digo que quiero vender sola, que la veo en el asta del Zócalo. Muy a su pesar acepta y se va.

Avanzo, la marcha ya está atiborrada de gente. “¡Publicación crítica, revolucionaria, de cooperación voluntaria!”. Unas chicas se acercan y me hacen la plática. Les cuento sobre la Revolución, me compran un par de periódicos y, al final, me dan su teléfono. Minutos después lo tiro. Ya estoy cansada de esas mujeres de interminables horas al teléfono o el Messenger. Estoy cansada de las frases cortas, de los gemidos largos, de las caricias de agradecimiento y del acoso telefónico o en la calle. Hasta la madre de los te amo vacíos.

Sigo mi labor. Más chicas, chicos con playeras revolucionarias, pantalones de cuadros y cadenas que se visten para ligar, que no saben nada y no les interesa. Para ellos la Revolución es *cool*. Después de unos años engrosarán las filas de empleados, de amas de casa o de profesionistas sin trabajo.

Cuando entrego el último periódico y camino hacia el punto de encuentro, veo un cigarro en el suelo y me agacho a recogerlo. Entonces miro sus botas, el casquillo salta a la vista por el sol y lo gastado de la piel. Estoy nerviosa, no lo puedo creer. Las bolsas del pantalón, el cinturón, la playera, sus ojos en los míos. “Hola.” No sé qué contestar, cómo se habla con una manifestación divina. Le saca la vuelta, me toma del brazo, me besa. Me desvanezco, me diluyo, desaparece todo. Cuando abro los ojos, me mira y sonrío. “¿Por qué te fuiste, por qué desapareciste?” “No quería que tu novia se enojara.” “¿Cuál novia?” “La chica con la que ibas en el metro”. “Ah, ella. Es historia pasada. Siempre hace esas cosas. Estuvimos un tiempo juntos, pero eso se terminó.” Me toma de la mano y camino con él. Ya no importa llegar al asta, ni las charlas en el café o las chelas en la casa de siempre. Me importa él; le importo yo.

Llegamos a su casa. Un departamento de paredes blancas. Va al refrigerador y me invita una caguama. La pone en medio de la mesa y espera, y me mira. Jamás en la vida me habían mirado así, con detenimiento, escudriñando cada recoveco de mis ojos. Nadie había bebido conmigo con tal parsimonia y silencio. Nadie me había dejado en su casa, de clase media, mientras salía por cigarros.

El lugar está lleno de cajas recién abiertas. Un librero envuelto en plástico por allá, la televisión y el DVD, una mochila de militar verde llena de ropa. Artículos de higiene personal, hojas con escritos, una cubeta de pintura blanca, un rodillo, una brocha y un cenicero azul.

Cuando regresa me encuentra sentada en el piso. La cerveza ya me hizo efecto y me tambaleo para abrazarlo. Luego me invita un cigarro, lo enciende y fumamos. Sus ojos grandes y cafés son perfectos. El sueño poco a poco se convierte en realidad. Con la tercera caguama me quedó dormida.

El olor a huevo y café me despierta. Estoy en su cama, las sábanas huelen a suavizante de telas. Se detiene en el quicio de la puerta y me mira. “Ya levántate floja, el desayuno está listo”. Me levanto tambaleante y algo preocupada por mi aspecto. En la mesa están dos platos, dos vasos de jugo y una cafetera bastante extraña. Apenada le pregunto si no pasó nada. “No, nada paso. No te apures.” Desayunamos.

Mi teléfono suena. Es ella, ya no importa. Me sirve una taza de café y enciende un cigarro. Me pregunta si tengo planes, le digo que no. Hablamos sobre el tiempo, el amor, el sexo, la Revolución, la literatura. Hablamos, lo escucho, me escucha. Somos, nos reinventamos.

No sé cuánto duraremos, tampoco si el amor será suficiente o si nuestro pasado nos obligará a claudicar. Si el sueño se convertirá en pesadilla. Ya no somos blancos, negros o rojos. Ahora estamos juntos y eso es lo que importa. Ahora lo miro, me mira, y nos reconocemos. Soy, es, somos.

Autonomía

Despierto. Se oye el paso acompasado de las botas. Tiran la puerta. Manuel todavía no despierta. ¿Dónde están todos?

—¡A ver, hijos de su pinche madre! ¡Ya se los cargó la verga!,—gritan.

Estoy contra la pared. Manuel tiene sangre en la cara. Elisa y Fermín están medio desnudos. Buscan minuciosamente entre mis senos y nalgas.

—¡Se les cayó el cantón holgazanes de mierda!— dice uno.

Manuel me mira. Está muy asustado, tiembla. Elisa llora. Fermín trata de cubrirla con su chamarra.

—¡Mira nomás, pero qué chulas las tiene la filosofita!, —dice uno.

La miran. Se le acercan. Fermín se interpone y le dan un golpe en la cabeza con la cacha de una pistola. Otro más cuando intenta levantarse.

—Usted qué se mete, pinche metiche, si namás estamos viendo, —dice mientras se ríe.

Para entonces ya nos tienen a todos en el Auditorio. Nos ponen en una fila. Avanzamos junto al vehículo que está junto a la tienda de dulces. Alcanzo a ver a “La gringa vestida de china poblana”.

A Manuel y Fermín los suben a otro vehículo. Elisa me toma de la mano. Trato de calmarla. Ella sigue llorando. Me aguanto las ganas de gritar. No sé a dónde nos llevan. “Ahí vas otra vez de revoltosa. De verdad que tú no entiendes. ¿Y si los agarran? ¿Dónde te buscamos?” Ojalá que hablen de esto en las noticias. Ojalá que nos encuentren. Ojalá que, al menos, las cuotas no hayan pasado.

Ella

I

Me desperté muy temprano, aún no amanecía. Es la mejor hora del día porque puedo adueñarme del baño sin que la casera o los vecinos me molesten. Quince minutos de agua caliente toda para mí.

Envuelta en la toalla y con la cesta de mis utensilios de baño salgo corriendo a mi cuarto. Me siento en el colchón que está en el piso y, mientras me cepillo el cabello, miro el uniforme esperándome detrás de la bolsa de plástico todavía con la nota de la tintorería engrapada.

Suena el despertador. El pantalón me queda grande. He bajado diez kilos desde que trabajo en ese minisúper. Dejé atrás la casa paterna para deshacerme del mundo y de los recuerdos. La independencia me cuesta 14 horas de trabajo diario y el sueldo mínimo. Sé que estoy sola, que nadie piensa en mí a diario, así que me contento pensando que esto es temporal.

II

Hace frío. El abrigo y la bufanda no sirven de mucho. Los compré en un tianguis de segunda la quincena pasada. Camino rápido, quiero llegar temprano para sentarme un poco en el suelo del área de empleados y no encontrarme con nadie.

Ellas siempre me miran raro, ellas siempre quieren platicar. Ellas que me cuentan su vida por más que les conteste con monosílabos. Ellas que juegan a que eso, esto que hacemos todos los días, con la discreción de un autómata, es vida. Ellas que le sonrían al gerente para obtener un día de descanso completo, pago por horas extras, perdón por los faltantes en la caja. Ellas que cambian y son las mismas entre cada felación y cogida. Ellas, las empleadas del mes.

Dalmacio está fumando el primer cigarro del día. Nunca me ha gustado su mirada incisiva y llena de deseo. Siempre mirando, siempre esperando.

Me siento en el suelo. La luz es como de hospital. Las grietas del techo y lo descarapelado de la pintura conviven con las cucarachas que se mueven como soldaditos.

Miro el reloj, faltan veinte minutos para entrar. Cuelgo mi bolsa vacía en el clavo que me toca. Sólo las de planta tienen locker.

El uniforme huele a jabón caliente. La supervisora me dice que me toca en la tres. Jóvenes crudos; madres despistadas con niños de cabello rebelde; ancianos que vienen por cubetas o flores artificiales; la oficinista que por quinta vez olvidó su pluma esta semana; los que se fueron de pinta y vienen por cerveza para pasar la mañana.

Siempre la misma frase, siempre el timbre de artículos pasando. Recibir el dinero, dar cambio. Repetición interminable hasta que acaba mi turno.

En las horas muertas limpio la registradora, cuento el dinero. El policía husmea entre las cosas de los clientes. Al último lo corrieron porque se robó un celular.

La de la uno se maquilla y retoca el peinado. “Hoy es mi día, manita, hoy sí se me hace con el gerente”. A veces la envidio, otras sólo siento lástima.

Mi turno termina. Entrego la caja. “Ningún faltante, Mónica. Como siempre tu trabajo impecable. Se me olvidaba, mañana te toca de noche”.

Eso me da un día entero para tirarme en el colchón, escuchar música o a mis vecinos coger.

III

Duermo hasta pasadas las diez. El baño está desocupado, aprovecho la ocasión para reconocirme. Desde que me fui de casa ésta es la primera vez que busco en mí algún rescoldo de aquello. Me miro en el espejo completa y no veo mucho más que antes: la estructura de una mujer, el cuerpo preciso de lo femenino. Hasta dónde me ha llevado este accidentado cuerpo. Redondo, sutil, incluso atractivo. Soledad infinita, silencio inaudito. Se contrae, se entrega. Mío a pesar de mi ausencia, de la apatía con que me aproximo a lo inasequible.

Subo las escaleras del metro. A paso lento voy al trabajo. La noche siempre me ha parecido un buen lugar para caminar. No me siento insegura o sola. Puedo, podría perderme en ella sin arrepentimiento o culpa.

Entonces aparece, trae una pistola.

—¿Qué haciendo tan solita, mi reina?,— me dice.

No le contesto. No es el miedo lo que me enmudece, si no la curiosidad. Lo miro a los ojos, sus pupilas están dilatadas. ¿Y si supiera y si se diera cuenta sentiría la misma excitación?

—¡Qué! ¿Tengo monos en la cara? ¡Cáete con lo que traes! —me dice mientras me clava la pistola en el estómago.

Le entrego mi bolsa. La revisa apresurado.

—¡Sólo pinches veinte pesos!, —me dice enojado.

—Es por si me asaltan, —le contestó sin pensar.

—Además de pinche pobre, chistosa. Camínale que te voy a quitar lo hocicona, — dice mientras me jala.

Me lleva a un callejón oscuro. Qué raro, nunca lo había visto y es mi camino diario. Me empuja contra la pared, me baja el pantalón, me da una cachetada y me tapa la boca. Lo miro a los ojos. Entra, me habita. No siento nada.

—¿Qué te pasó en la panocha?, —me dice asqueado.

Ha notado las cicatrices. El pasado no miente, la historia de mi cuerpo lo ha alcanzado.

—¡Putra madre! ¡Qué asco! Ni pedo ya estoy bien caliente, —dice.

Miro cómo se le desorbitan los ojos. Siento el semen escurrir entre mis piernas. Él no siente mis contracciones, tampoco yo. Hueco nulo, habitación perpetrada. Dulce recogimiento de la ausencia.

Y lo miro desfallecer y me siento ajena a su placer. Ajena al cuerpo, al instante. El cuerpo no me aproxima, no me hace cercana, no me incluye.

Sale, me deja, se aleja. No sé cómo pasó, pero aquí estoy. Lo sigo mirando mientras da vuelta en la esquina. Me subo el pantalón, camino hacia el trabajo, voy retrasada.

Desconocidos

Pareja de ladrones se da un beso y luego se suicida
Expreso
20 de mayo de 2011
Ladrones se despiden de beso antes de morir
Impacto
20 de mayo de 2011
¡Pacto de amor!
La Prensa
20 de mayo de 2011

I

La luz todavía es tenue. Los niños duermen en la cama del fondo abrazados para que el aire frío que se cuele por el vidrio roto no los cale.

El padre apresurado se levanta para salir por el agua para bañarlos. “Señor, los niños tienen que venir limpios. Sus compañeros tienen razón en molestarlos.” El mote de “Los tres cochinitos” le había quitado el sueño varios días. Con sigilo entra con las pesadas cubetas de plástico y con cuidado las vacía en dos ollas que pone en la estufa.

Ramiro es el primero en despertar. Lo mira prender el cerillo y el fuego de la parrilla. Es el más grande y siempre ha pensado que su padre se merece una mejor vida. Agustín es el más pequeño. A los siete años es el mejor de su salón y tuvo que aprender solito a leer porque su papá no tenía para llevarlo a la escuela. Lo recuerda llegar cansado del trabajo de albañil que tenía por entonces y sentarse con él a leer los volantes que le entregaban en el metro. “A ver, Agus, ¿qué dice aquí?” “S...e soli..ci..ta em...plea..do par..a rosti...cer..ía. Su...eldo base más co...misiones. In..for..mes en la “Lecaroz.” “Muy bien”. El más flojo era Adolfo. Era el consentido de su mamá y desde su partida no se había recuperado. La vida para él se terminó cuando la vio doblar la esquina con el carnicero.

Se sientan a la mesa. Frijoles, tortillas, leche, huevo. En las loncheras: tortas de jamón y un boing. “En la rosticería me va mejor. Lo malo es que es todo el día”.

Padre e hijos salen de casa. La mañana huele a tierra mojada. Adolfo camina detrás de ellos. Mira a su padre con el uniforme de la panadería. A sus hermanos recién bañados con las nuevas loncheras, con el cabello que ya no huele a limón, con los uniformes oliendo a suavitel.

Se despiden. Agosto regresa y abraza muy fuerte a su padre.

—Ya métete, es bien tarde, —le dice.

—Te quiero mucho, papá, —dice el pequeño.

—Y yo a ti. Ándale vete con tus hermanos,— le dice mientras le da una palmadita en la espalda.

Sube a la combi. Los últimos diez pesos. “Lo bueno es que hoy es quincena”.

—En la panadería, por favor, —le dice al chofer.

Saca el ridículo gorro de la bolsa del pantalón. Entra al pequeño espacio donde está la rostería. El pueblo, el pasto, el olor al café de su madre, su padre en un rincón borracho.

Va por los pollos al refrigerador. La cajera lo mira. Se sigue de largo. “Me voy con un hombre que sí me merece. Te dejo a los chamacos. Al fin que yo nunca los quise”. Sesenta pollos fríos, casi congelados. Atravesarlos uno por uno con el tubo de metal. Justo diez en cada uno porque si no el fuego no los toca como se debe. Picar las cebollas y los chiles para acompañar al primer kilo de salchichas del día y a los pescuezos que solicitan tanto los de la secundaria que está enfrente.

—Diez pesos de salchichas y un pollo, por favor, — le dice una mujer.

—Aquí tiene, güerita.

— ¿Cuánto le debo?,— pregunta.

—Setenta pesos, —contesta el padre.

—Aquí está, —dice, mientras le entrega la mercancía.

—Gracias. Pone su celular en el mostrador junto al monedero, para guardar el pollo. Toma el monedero, pero deja el teléfono. Él no se dará cuenta sino horas después.

II

Magda y Genaro lo habían planeado con antelación.

Todos los días se sentaban en el puesto de quesadillas de enfrente. Sabían a qué hora llegaba la camioneta blindada. Cuántos empleados trabajaban en la Lecaroz. Cuando salían a comer. Las horas muertas.

—Está bien papa, Magda, —le dice mientras le acaricia la espalda.

—Pero ¿y si nos atorán? ¿qué vamos a hacer?, —le pregunta mientras mira la foto de sus padres.

—Nel, eso no va a pasar. Pues así es el bisne, —comenta y se acerca a besarle la nuca.

— Genaro, a mi sí me da puto. Se me hace que está bien cabrón, —le dice y lo mira de frente.

Genaro la mira. Jamás ha podido negarle nada. La ama tanto desde que tenían tres años. Desde que le daba de sus tortas en el recreo. Desde que ella se metió una noche en su cama.

—Ya estás, Magda, si algo pasa algo pasa lo solucionaré. No te preocupes, —concluye y la abraza.

III

— ¡Se los cargó la verga!, —grita Genaro.

— ¡Al suelo, cabrones!, —secunda Magda.

Todos se tiran al suelo. Llanto, gritos. Magda cierra la puerta mientras Genaro jalonea a la cajera.

— Saca toda la lana y ponla aquí.

— ¡No mames, Genaro, hay un güey en la rosticería y está llamando por celular!, —grita asustada Magda.

Genaro lo trae a empujones. Lo pone de rodillas y le apunta en la cabeza.

— ¡Ya valió madres!, —le dice. La pistola se encasquilla.

Se escuchan las sirenas. Genaro toma de la mano a Magda. Se besan. Entran a la rosticería. Cierran la puerta. Dos detonaciones. Sus padres esperándola del otro lado del río. Ella aún respira.

La operación

“Debajo de mis pies hay un mundo de silencios y silenciados que reclaman cada día.”

Stella Calloni

— Ni siquiera entiendo cómo es que todavía estoy aquí.

Entran, me ponen una capucha en la cabeza y a punta de cachazos me preguntan, una y otra vez, por ti, por los demás. No podía pensar con claridad. Te habías ido de madrugada después de que termináramos con la segunda botella de whisky. Siempre que regresabas festejábamos así.

— ¡A ver, cabrona o nos dices dónde está tu pinche noviecito o te lo sacamos a cogidas y toques!, —me dice uno mientras me mete los dedos en la vagina.

Cuando nota que sangra los saca y se los lame.

—¿Tú crees que es la primera vez que se la meto a una vieja así? No, putita, es la parte del trabajo que más me gusta, ufana mientras sus compañeros rompen cosas y buscan por todos los cuartos.

Me jala de los cabellos, me quita toda la ropa y me mete en un cuarto. Casi me había quedado dormida cuando entra el primero. Siempre que hablábamos sobre la posibilidad de que esto pasara me decías que lo último que había que demostrarles es miedo. Sin quitarme la capucha me pone de espalda y me ata las manos a la cabecera de la cama y los pies a la parte baja.

—Mira con toda esa pinche ropa no te veías tan buena, —dice y me pasa las manos por las nalgas. ¿Entonces me vas a decir dónde está el cabrón que debería estar aquí cuidándote?

Escucho cómo enciende un cigarro y comienza a masturbarse. No sé qué sentí primero si el semen escurriendo por mi espalda o el tabaco apagándose en mi piel. Así está un rato. Cuando el dolor casi me vence siento cómo me la mete fuerte, sin contemplación, incontables veces.

—A mí me gusta de frente, pendejita, —me dice el segundo mientras abre mis piernas temblorosas. Te dejaron calientita, —me aprieta los pezones hasta hacerlos sangrar. —Ya afloja la información, me estoy cansando de ser buen pedo contigo, —ahora me golpea a puño cerrado.

Cuando entra el tercero ya no siento los golpes, sólo su verga gruesa y venosa en la boca. Me sienta y me detiene la cabeza cuando siente que se la muerdo.

—Órale, culera, trágatela toda, como la de tu güey, —dice.

El sabor salado me asfixiaba la garganta y toso. Me la sacó de la boca y me da una cachetada.

—Putá trágatelos todos, no los desperdicies, —dice algo indignado.

Caigo de lado en la cama. En las sábanas ya no reconozco nuestro olor de madrugada.

Despierto por el golpeteo de mi cabeza contra el suelo. Me cubre una sábana apestosa. Sé que no estoy sola porque unos lloran, otros rezan.

Nos detenemos y se escucha cómo sube una cortina de metal.

—A ver tú, pinche Bella Durmiente, levántate, —me dice.

Como puedo me levanto tomando la sábana, me tropiezo, caigo y me doy de frente contra el piso. La nariz me sangra.

—Ya nos ensuciaste todo. Luego que termine contigo vas a tener que limpiar tus porquerías, —me dice.

Parece que nos ponen en una línea.

—Los hemos traído aquí porque nos enteramos de que andan de revoltosos, que son comunistas y bueno, nuestro trabajo consiste en investigarlos, cazarlos y traerlos aquí para que

nos digan dónde y cómo encontrar a sus demás compañeros de lucha. Sí, ya sabemos que están preparados para esto y que no son traidores, sin embargo, nosotros encontraremos la manera de que se vuelvan platicadores.

Me atan de las manos y me suben a empujones por la escalera. Siento pequeños grumos entre el agua fría del piso. Me cuelgan de algo que parece un gancho. Lo sé porque siento un el metal frío entre las manos. Comienzan por la cabeza, luego con el estómago y al final introducen la picana en la vagina. No puedo gritar. Vomito sangre, recibo una cachetada.

—¡Pinche idiota! Esta camisa me la regaló mi señora. Ahora ¿qué le voy a decir?, — reclama.

Siguen los golpes en la cabeza, el estómago. Estoy a punto de contarles todo. De la reunión, de lo que planeaban. “Compañeros, no podemos dar marcha atrás. Es necesario tomar acciones concretas contra estos hijos de la chingada. Ya varios han desaparecido. Tenemos que hacer algo”. “Pero, compañero, si tomamos ese tipo de acciones seremos como ellos. La violencia no es la solución”. “Tampoco quedarnos sin hacer nada.” “Sí, pero ahí adentro también niños, mujeres embarazadas.” “Lo sabemos, pero si no detenemos a estos cabrones, nos van a seguir cazando”. “Compañeros, serenidad”. “Además a las mujeres embarazadas las llevan al hospital del Estado Mayor y a los niños se los llevarán un día antes.”

Parece que se ha cansado. Me desata de la parte de arriba y caigo. El agua está tibia, los grumos han desaparecido.

—¡Putra madre! Sí que eres resistente a los madrazos. Ya llevamos 10 horas y nada. Mi turno ya acabó. Así que nos vemos mañana, reinita, dice mientras me da la última patada en el estómago.

Se abre la puerta, uno me levanta y me da una toalla que huele a orines.

—Quiero agua, —le digo.

—Reina, si tomas agua te frías, —me dice burlón.

Me lleva a empujones a una celda. Siento las cucarachas pasando por mi cara. “Ya tenemos infiltrados, necesitamos hacer algo”. “Sólo tenemos diez identificados”. “Por ahí podemos empezar.” “Yo me ofrezco para la misión.” “Compañera, es muy arriesgado”. “Lo sé, pero desde que entramos en esto sabemos que lo es, ¿no?” “¿Sabes que una vez adentro, es posible que no salgas?” “Sí”.

Así supe tu nombre, dónde vivías, dónde estudiabas o decías estudiar. No fue tan complicado enamorarte, eres un chico sensible y dulce. Quizás por eso te escogieron para infiltrarte en la organización. Tenías toda la facha del estudiante universitario comprometido. Incluso llegaste a ofrecerte para actos peligrosos y pasaste varias noches con nosotros en los separos. Hasta tenías admiradoras.

La primera vez que nos acostamos fuiste cálido y cercano. A la mañana siguiente me preparaste el desayuno. Y mientras más cerca estabas, más me recordaba que eras uno de ellos.

La última noche que te vi y cogimos por última vez traté de no involucrarme, pero los sentimientos me ganaron. Me notaste distinta y me diste uno de esos besos largos que se dan en las despedidas.

Cuando abren la puerta sé que eres tú. Me tomas con cuidado y caminas a mi paso. Cierras la puerta.

—Por favor, diles de esa operación que tenían planeada. Si no te van a matar, —me dices casi sincero.

—Ni siquiera entiendo cómo es que todavía estoy aquí. La bomba ya debería haber estallado.

—Hija de tu chingada madre, —dices mientras sales corriendo.

Sonrío, estallamos.

AL FINAL: DESDE LA FRONTERA

A la carta

Si pudiera mirarte y saber que estás tan desecha como yo, tal vez podría estar tranquila.

He caminado mucho. Me he emborrachado con conocidos, mucho más con desconocidos y nada: el dolor continúa. Los hoteles de paso no son lo mismo sin ti, sin tus palabras escurriendo por las paredes, sin el sonido de la cerveza abierta por el encendedor de siempre. La tarifa es la misma, el lugar, también.

Desnudarme frente a esos ojos torpes e inexpertos, esos que me penetran aún con ropa mientras escucho el látex entre mis piernas, me convierte en lo que nunca quise: una mujer cualquiera, en un hotel cualquiera, con cualquiera... Para ellos soy un pedazo de algo que quieren poseer, un objeto indistinto que se puede comprar junto con los condones en un Oxxo.

Intento perderme. No quiero despertar. A veces, cuando duermen, me levanto a tropezones hacia el baño, abro la llave del agua fría y me tiendo en el piso a esperar. A quienes les doy lástima me levantan, los otros se van dejando la llave a la vista.

Y, nada, sigo viva, mirándome todos los días en el espejo. Soy y no me gusta.

Me habían dicho que sería difícil, que aparte de la estructura había que cambiar lo demás. Nada me parecía tan difícil contigo a mi lado. Tú me tomabas de la mano y yo quería hacerlo todo.

Comenzó como un juego. Una idea, un concepto que nos cruzó por la cabeza. Así eran nuestros juegos: ideas, supuestos, teorías. Siempre tuve curiosidad; siempre quise senos, caderas anchas, una vagina; tener la piel suave. Me dijiste que extrañarías mi pene, pero que te acostumbrarías.

Pastillas, bochornos, ver a la terapeuta una vez por semana. El crecimiento acolchonado de las bubis, su textura, sus dimensiones. No podía dejar de tocarlas, de mirarlas. Las caderas se

expandían, las nalgas se abultaban. Me sentía como una de esas representaciones de la fertilidad que vi en los museos. ¿Me convertía en mujer?

La práctica que teníamos acompasaba nuestros cuerpos. El resto de mi hombría se erguía entre tus piernas y las mías suaves y cálidas. Me tocabas nueva, hecha a la carta de tus deseos. Gemidos, orgasmos, contracciones.

Los primeros meses fuimos muy felices. Encontrábamos en la cama un nuevo ritmo; dulzura de reconocimiento: ser mujer me encantaba. Recovecos, sudores agridulces que se rebelaban nuevos.

Después extrañaste mi pasado, me pedías que usara arnés, dildos. Me sentía perturbada; mi cuerpo ya no te era suficiente.

Comenzaste a invitarlos, a pedirme que cogiera con ellos, a cogértelos frente a mí. Con los ojos cerrados trataba de recordar mi cuerpo y el tuyo; el juego, la ejecución. Estaba sola.

En una nota sobre la mesa me explicabas que te ibas con él. Subrayabas que no eras lesbiana y que me deseabas suerte.

Nubes de plata

Andy Warhol jugaría con una versión pop, posindustrial de estos sacos: cojines llenos de helio que dejo flotar como nubes de plata en una exposición celebrada en una galería. Era una refundición de los espacios –del trabajo industrial y del entretenimiento artístico–.

Marcel Jean (crítico de arte)

Ahí estaban. Se transportaban de uno a otro lado del vagón jugueteando.

Lo había citado a las ocho de la noche abajo del reloj del metro Insurgentes. Ese día no había cover en el antro y en el chat me había parecido simpático. No es que le hubiera dicho que sí a la primera, pero tampoco me hice mucho del rogar. Ya habíamos intercambiado algunas fotos y un par de sesiones de cibersexo. Bueno, bueno. Está bien, la tenía grande y se venía muy rico. Eso me había hecho apresurar su decisión.

Eran ya las ocho cinco. “Sólo esperaré los quince minutos reglamentarios. Está bien que calza grande, pero a mí con esta cara y este cuerpo nadie me hace esperar.”

Llegó derrapando en el último segundo. Para hacerse el interesante caminó hacia las escaleras. Sí, era tan guapo como en las fotos. Y a ojo de buen cubero, con los rayos x que siempre usaba en estos casos estaba bien dotado. “Ya sé que siempre me fijo en esas cosas, pero así soy: débil, débil.”

Entonces la vio con él. No estaba solo.

—Hola, ¿eres Daniel? —me preguntó.

—Sí, ¿tú Jaziel? —le dije molesto mientras miraba a la chica.

—Sí. Ah, perdón es que nunca vengo solo a estas citas. Ya sabes, precaución —me dijo nervioso.

—Hola me llamo Fátima, —me dijo la metiche esa y me extendió la mano para saludarme.

—Ah, si. Mucho gusto, —le contesté y por pura cortesía le tomé la mano.

—Ya sé que piensas que vengo a hacer mal tercio, pero Jaz me lo pidió y a un amigo no se le niega nada, —me dijo entre bromista y apenada.

—¿Qué te digo?, —contesé en tono grosero.

—Pero no te preocupes. Una vez que te conozcamos y tengamos la certeza de que no eres un asesino serial, tendrás a Jaz para ti solito, —comentó mientras me guiñaba el ojo.

—Entonces ya no saldrás con nosotros, verás qué rápido conquisto a tu amigo, —arremetí cortante.

—Bueno ya no se peleen. ¿A dónde vamos a ir?, —dijo para calmar las cosas.

—Nadie está peleando, ¿verdad Dani?, —secundó cómplice.

Ya no pude contestarle como se merecía porque Jaziel me plantó un beso para calmarme y me tomó de la mano. Ya así flotando ni me acordaba de la Fátima esa.

No pudimos entrar al antro porque la chaperona olvidó su IFE y me tuve que conformar con un café. Eso sí, escogí una mesa donde todo aquel que pasará me viera. Y seguramente pensarían que ella era la amiga lesbiana que acompañaba a la feliz pareja.

Aunque le di muchas vueltas no entendía por qué Jaziel se hacía tanto del rogar. Ya había pasado un tiempo considerable desde que nos habíamos conocido. Ya les había demostrado que era una persona confiable.

Las veces que había intentado acercarme siempre me paraba en seco. Hasta que me le puse muy digno y le dije que ya no me conformaría con sexo por la cam. Que si no quería nada conmigo no me hiciera perder el tiempo.

Al fin accedió a que nos viéramos sin ella. Me citó en su casa. Vivía solo en un departamento muy mono. Me puse el traje Calvin Klein que por fin había terminado de pagar con

la tanda. Llegué muy puntual, con un ramo de gerberas y una botella de vino. Nunca fallaba como ofrenda para la noche de sexo que me había prometido.

Me esperaba con una cena con velitas y todo. Y cuando me le lancé a la yugular para ver si nos podíamos saltar el numerito.

—Primero cenamos, ¿no?, —me pidió ya prendido.

—Bueno, si ya esperé tanto no me hará daño un par de horas más, —contesté resignado.

No sé si fue la cena o el vino, pero me quedé medio adormilado. Me llevó hacia la cama y mientras me sentaba me desabotonó el pantalón. No parecía tan experto como en las charlas del chat. Pero la abstinencia me hizo venirme rápido. No tuvo problema en tragarse mi semen y eso lo hizo especial. Y en lo que me recuperaba quise devolverle el favor. Pero me entretuvo con besos, con mordidas en la espalda y con su lengua en mis oídos. Me lamió los pezones y el ombligo y cuando vio que la tenía parada se puso de espalda para que lo penetrara.

Entonces apareció Fátima desnuda con lo que creí un arnés y me lo metió. No puse objeción por lo caliente que estaba. Temperatura, fluidos, palpitaciones. Las cicatrices de Jaziel en el pecho, muslos carnosos sin pene, nalgas redondas como gota de agua. Complitud, arriba que se hace abajo, fuera que resulta dentro.

Cuando desperté tomé mis cosas y satisfecho salí sin hacer ruido.

Ahí estaban. Se transportaban de uno a otro lado del vagón jugueteando. Sacos de helio en color plata. Nubes de plata que flotaban subvirtiendo su pesadez.

Inmaculada

Es tarde y tomo la segunda copa. Parece que ya no llegará, sin embargo, pido la tercera y espero.

Se me acerca una mujer de maquillaje exagerado y un rubio estridente. Usa delantal y trae un trapo en la mano.

—Discúlpame manito, pero, ahora sí, el *congá* está lleno.

Tardo un poco en reaccionar. Apenas puedo creer que es “Inmaculada”, la primera mujer que se desnudó en el país.

—Ya sé que lo años no pasan en balde. No te fijas. Mejor invítame una para entrar en calor.

Le hace una seña al de la barra. Le sirve un “Cosmopolitan”. Le da el primer trago y medita.

—Ni sé por dónde empezar. Le pasan tantas cosas a una que se olvidan los detalles.

Quizás busca entre las imágenes de la infancia, de su pueblo. Esa ranchería, lejos de la ciudad, donde nació.

—Ah, sí, sí. Hay que empezar por el principio.

Me escapé de la casa luego de la última golpiza que me dio el esposo de mi mamá porque no le quise aflojar.

Era de noche y así con toda la ropa rota caminé por la carretera. No faltó el que quisiera hacer su domingo siete, pero yo muy orgullosa seguía caminando. Fíjate nada más medio encuerada y me hacía la digna. Me cae que si hubiera sabido lo que me esperaba en “La Esmeralda”, por esta que se las habría dado al primero que me las pidió.

Cuando amanecía llegué a lo que, supe después, era un *puterío*. La señora de la casa, Doña Luz. Fíjate nada más que nombre tan chistoso porque estaba ciega, decían que por un balazo en la cabeza que le había dado su último amante antes de irse con toda la lana del changarro. Me tocó la cara y me preguntó de dónde venía. No le contesté, no me quería acordar del pendejo ese.

—Juan, dale ropa a la niña y prepárala para la noche.

Un hombre, bueno eso creí al principio, porque “La Juana” era más mujer que yo y me consta porque nunca pude hacer que mis clientes gritaran como los de ella.

Total que “La Juana” me vistió y me puso muy mona. Nomás imagínate creí que iba a salir en una obra o algo así. Sí, era una escuincla.

No salí con las demás, Doña Luz me tenía en un cuartito atrás del escenario. “Tú eres para el padrecito. Le gustan, así como él, dice inmaculadas”. Vieras que me tranquilicé porque pensé que me llevaría a la Iglesia o algo.

Pinche padre ni dijo agua va. Me la dejo ir y sin Vaselina. Todavía cuando me acuerdo me duele. Eso sí, hacía unos ruidos rete chistosos cuando se venía. Claro que sólo me reí una vez porque me rompió el hocico.

Se convirtió en uno de mis clientes frecuentes. Siempre estaba en primera fila cuando me encueraba. Entre “La Juana” y Rosa me enseñaron a quitarme los trapos con estilo. No era tan mala. El mío era el show de la noche. Nada más escuchaban mi nombre y todos comenzaban a gritar. Y cuando me quitaba los calzones era tanto el griterío que tenían que cerrar bien rápido las cortinas.

Una de esas noches en el camerino me esperaba “Esteban”. A leguas se veía que era *machorra*. A mí no me engañaba con ese traje negro.

—Señorita, buenas noches. Me encantó su espectáculo.

—¿Señorita? No nos hagamos: yo soy puta y tú una *lesbianona*.

Creo que eso le gustó de mí porque todas las noches me llenaba el camerino de flores y luego me montó un espectáculo de *aeveras*.

Fue ahí que entré al alto *pedorraje*. Claro que tenía que satisfacer a Estela y a cuánto amigo invitara. Créeme no era tan malo.

Con el tiempo me hice de nombre, llenaba los lugares donde me presentaba. A mi representante ya le quedaba grande y me busqué otro. Chale manito, me dejé llevar por ese pendejo dicho que dice que el que no arriesga no gana. Y ahí voy pendeja a meterme con el dueño del centro de espectáculos más popof de entonces y que estaba casado con la hija de un tapado. Ahí fue donde me encueré, de esa época son las fotos que conoces.

¡Putas, si hubiera sabido en la que me metía, me cae que me rajo! Pero ya sabes, la nalga es la nalga y, bueno no es por presumir, pero me metía unas cogidotas.

Para no hacerte el cuento largo y para que me llenes la copa otra vez, que le da al güey por dejar a la esposa. Al día siguiente ya teníamos a tres guarros siguiéndonos y cerraron el teatro. Porque, me fui a enterar ese día, el teatro era del suegro.

Y como sabrás, me vetaron del radio, la televisión y los periódicos. De puta baja maridos nomás no me bajaron.

Y bueno ahí empezó mi caída sin retorno. Ya nadie me contrataba, ya no pude pagar mis lujos. Vendí mi casota en Las Lomas y cuánta joya me habían regalado. Para acabarla de chingar me dio por empinar el codo, y aquí me tienes trabajando de pinche mesera, en este puto *congal*, donde me pagan de la verga a la espera de almas caritativas como tú que quieran escuchar a esta vieja.

-Ton´s qué, ¿me invitas otra?

Él

Se levanta. No escuchó el despertador. Hoy comienza la jubilación de su padre, así que seguramente está en casa.

Se baña y, como puede, se viste para evitar encontrarse con él. Sin embargo, ya está en la sala leyendo el periódico y bebiendo café. Nervioso va hacia la cocina, busca una taza y se sirve un poco. Luego abre el refrigerador y se prepara un sándwich.

Su padre lee en silencio la sección de política con la calma de un hombre que descansa por años de trabajo.

—¿A dónde vas?, —pregunta.

—A la escuela —contesta.

—Hoy no —dice su padre tajante.

Se sientan. El sillón cruje, el mismo crujido de anoche. Su padre se acomoda los lentes, hace una mueca de dolor y mira su reloj. Pasan de las diez.

—Te escucho —comenta mirándolo con atención

Está desconcertado. ¿Escucharlo? ¿Qué puede decirle? Permanece en silencio. No puede ni verlo a la cara. El golpe ya está morado. Ahora estaría tomando su segunda clase y en este preciso instante Inés le mandaría un mensaje disculpándose por lo de ayer. El sonido del timbre de mensajes desde la cocina. Mira sus tenis, lo sucio de las puntas, lo gastado de los extremos. Su padre se acomoda los lentes, otra vez, y lo mira. Espera.

—Tenemos que hablarlo algún día. ¿No crees? —le dice mientras le busca la cara.

—Pero, papá —contesta contrariado.

—Ernesto, es importante. Ya no eres un niño a quien debo ocultarle cosas —le dice en tono paternal.

—Papá es que no quiero enterarme. ¡Por Dios!, —contesta contrariado.

—Ayer te enteraste —remata contundente.

Entonces recuerda la pelea con Inés, el llanto del camino, subir las escaleras corriendo. Abrir la puerta, el crujido del sillón, prender la luz. Recuerda al hombre a gatas y su padre detrás.

—Papá, de verdad, no quiero hablar sobre eso, —dice.

—Ya era hora de que te enterarás. Que supieras...

— ¿Que eres un maricón? —completa la frase enojado.

—Ernesto esa es un palabra despectiva. Soy gay y llevo seis años con José, —dice.

La noticia, es decir, la certeza de la noticia. El que su padre se sentara, se lo dijera con tanta calma y buscando sus ojos. Ciertamente le hacía saber que no había marcha atrás. Porque no es que no lo sospechara, pero era más fácil suponer que era su alumno, primero y más tarde su colega. ¿Cómo hacerse a la idea de que a su padre le gustaban los hombres? ¿Cómo explicarle a todos que su papá era puto? ¿Con qué cara presentaría a José a sus amigos?

—Hijo. Dime algo. Estoy aquí para resolver tus dudas —.

—Papá ¿por qué eres tan civilizado?, —le contesta molesto.

—Porque lo que siento por José no es nada malo. Es amor —concluye.

—¿Amor? ¡Por favor! Eso es una aberración. Está contra la naturaleza. ¡Me das asco!, — dice asquedo.

—No perdamos la calma y la educación. ¿Sale? —responde.

—¡¿Educación?! ¡¿Tú pensabas en eso cuando te tirabas a ese güey en la sala de la casa?! ¡¿Qué tal que Inés venía conmigo?! —grita.

—No exageres. Yo no sabía que llegarías, me habías dicho que te ibas a quedar con tu novia. Y no es un güey. Es José ya lo conoces. Y te pido respeto, es mi prometido

—¡¿Qué?! ¡¡No mames, papá!! ¡¡Guácala!! .

—¡¡Ernesto!! —grita enojado.

—Es que, papá. ¿Cómo te atreves? No sólo eres *eso*, si no que quieres exhibirlo.

—¿Eso? Por favor. No me hagas pensar que no sirvió de nada que te mandará a la Universidad.

—Ninguna de mis clases se llama “Homosexualidad en la tercera edad”. ¿O sí? —le dice en tono burlón.

—No seas irónico. Ya estás grande. Somos adultos y como tal te digo que me casaré con José el mes que viene.

—¿Ah sí? ¿y quién es la novia?

—Hijo, no seas infantil —concluye.

—¿Qué le voy a decir a Inés? Te invito a la boda de mi papá. Por cierto, se va a casar con un hombre.

—A ver Ernesto. Entiendo que no te sea fácil, pero tienes que aprender a respetarme y respetarnos .

—¡Papá! Es que...

—¿Qué? Dime. ¿Qué es lo que te parece tan horrible, tan asqueroso?

—¿Cómo qué? Eres mi papá. Se supone que te gustan las mujeres. O ¿qué yo nací por generación espontánea?

—Claro que no. En aquel entonces no sabía lo que era por eso me casé con tu madre y tuve una familia. Pero ya tenía mis dudas antes de que muriera. Luego conocí a varios chicos y después llegó José .

—Papá no necesitaba tanta información .

—Ni yo los gemidos de Inés cuando se queda.

—¡¡Papá!!

—¿Qué? Lo tuyo con Inés es tan normal como lo mío con José .

—No, papá. Lo tuyo es subnormal, es degenerado.

—Hijo. Recuerda que soy tu papá y me duele lo que dices.

—¡¿Y tú crees que a mí no me duele lo que eres?! ¡¿Pensaste en mí cuando se la metías a José?! —le pregunta encolerizado.

—¡¡Ya fue suficiente!! ¡¡Traté de razonar contigo!! Estás invitado a la ceremonia.

—¡No iré! ¡¡No me interesa ver como exhibes tu *putés*!! Ya no quiero vivir aquí.

—Como quieras ya me cansé de tu actitud. Sabes que esta es tu casa, pero tú decides —
concluye.

Se levanta, va a la cocina por sus cosas, sale sin ver a su padre. Azota la puerta. Él se queda unos minutos con la mirada perdida, después sonrío, suspira y sigue con su lectura.

Esperpentos de fatalidad

El libro de trece cuentos que presento con el título *Esperpentos de fatalidad*, para obtener el grado de licenciada en Creación Literaria, por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, está dividido en tres momentos o ejes temáticos: “Ese sentimiento”, donde problematizo al amor romántico “una construcción social y cultural que nos presenta [...] modelos a seguir. Esos modelos están basados en la pareja heterosexual, porque es en ella donde se domestican las ansias de libertad, los miedos, el deseo, donde todo se doma, se somete, se define y se clasifica.”¹ Dicha domesticación está representada y subvertida en la mujer secuestrada del cuento titulado “Amor” y en las relaciones filiales, de pareja y amistad de los tres relatos restantes, (“Madres”, “Minerva” y “Amigos”). Más adelante detallaré mi análisis en el apartado correspondiente a cada uno de ellos. Por su parte, en el segundo apartado, titulado “Lo que me toca”, y el tercero “Desde la frontera”, exploro las disidencias políticas y sexuales, respectivamente.

A su vez el cuentario, dialoga, en principio, con el escritor español Ramón María del Valle-Inclán; específicamente, con el texto dramático *Luces de bohemia* donde el autor introduce la definición de esperpento:

El mundo de los esperpentos —explica uno de los personajes de *Luces de bohemia*— es como si los héroes antiguos se hubiesen deformado en los espejos cóncavos de la calle, con un transporte grotesco, pero rigurosamente geométrico. Y estos seres deformados son los héroes llamados a representar una fábula clásica no deformada. Son enanos y patizambos, que juegan una tragedia.²

¹ Coral Herrera. *Haikita*, (18 de agosto de 2012), (30 de enero de 2018).

² Anónimo, “Entrevista con Valle Inclán”, *La Ínsula Barataria* (17 de noviembre de 2012), (10 de septiembre de 2018).

Comenta la Dra. Margarita Santos Zas que hasta Valle- Inclán el esperpento se torna categoría estética en la XII escena de *Luces de bohemia* a través de “una conversación joco-seria [entre Max Estrella protagonista y Don Latino su lazarillo] que deambulan por las calles de un Madrid absurdo, brillante y hambriento durante las horas que preceden a la muerte del poeta ciego”³ donde el escritor, a través de su protagonista expone su estética: “MAX: Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada”.⁴

Los cuentos que aquí presento persiguen lo mismo que Valle- Inclán y se apoyan en las principales características de su apuesta estética, pues el esperpento además de ser ese reflejo que se manifiesta en seres grotescos y abyectos tiene un habla singular ya que: “El mismo principio de subversión de las normas clásicas lo aplica al lenguaje: todos los registros del habla popular, vulgar y desgarrada y de la culta, discreta y elegante, el exabrupto y la blasfemia, el argot y la jerga se dan cita en estos textos en un esfuerzo descomunal y fascinante por captar la lengua viva.”⁵ Donde el autor los mira desde el aire y “se convierte en una suerte de titiritero que mueve los hilos de su tabladillo; los personajes, en consecuencia, pierden su grandeza para convertirse en muñecos, peleles e, incluso, a través de ese proceso deshumanizador se transforman en objetos, se cosifican, quedan reducidos a bultos y simples garabatos o se animalizan; es decir, sitúan al individuo al borde de lo infrahumano.”⁶ Además la presencia de la muerte como personaje principal. Y, finalmente, no hay que olvidar que “detrás de lo bufo, lo grotesco, lo

³ Margarita Santos Zas. “Introducción a la vida y obra de Valle-Inclán”, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, (30 de marzo de 2017) (25 de abril de 2018)

⁴ Ramón María del Valle- Inclán, *Luces de bohemia*. Ediciones Castillo, México, 2015, p. 108.

⁵ Margarita Santos Zas. “Introducción a la vida y obra de Valle-Inclán”, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, (30 de marzo de 2017) (25 de abril de 2018)

⁶ Idem.

cómico y lo absurdo se vislumbra siempre una situación dramática. Esa frontera indecisa entre tragedia y farsa es el armazón sobre el que se construye el esperpento”⁷.

Es así que mi trabajo busca igual que el del escritor de la generación del 98⁸, hacer una crítica a la sociedad en la que vivo a través de personajes transgresores y me parece que lo que comparto con el escritor madrileño es la crítica social. Max Estrella, un poeta venido a menos, viejo y ciego, recorre los bajos fondos de Madrid rumbo a su muerte Y, paradójicamente, encuentra en estos seres esperpénticos las luces de bohemia:

Ese periplo permite el desfile de un abanico de personajes, ambientes y situaciones sumamente variopintos, que engloban a la burguesía, los pequeños comerciantes y a las prostitutas, la policía y el ministro de la Gobernación, los modernistas y la bohemia, la redacción de un periódico, la cárcel, tabernas, las calles de la ciudad, la ley de fugas, la Semana Trágica de Barcelona, las huelgas de 1920, la Leyenda Negra, los fondos reservados, la Cruz Roja y multitud de pequeñas alusiones históricas caen bajo ese despiadado prisma distorsionante en un deseo de condensar una época, un mundo caduco, la superstición y la ignorancia, la degradación del humilde, la prepotencia de la policía, la inoperancia de la burocracia, la política estéril y personalista... Una España en trance de ruina, pero brillante en apariencia.⁹

Mi trabajo apuesta por una búsqueda poética semejante, pues: “Los espejos cóncavos son capaces de transformar en absurdas las imágenes más bellas. Valle invita a pasearse ante ellos a los héroes clásicos, que instantáneamente se convierten en figuras risibles, caricaturas de sí mismos... Max Estrella evoca al mismísimo Homero..., todos han perdido su original grandeza, porque el autor,

⁷ Margarita Santos Zas. “Introducción a la vida y obra de Valle-Inclán”, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, (30 de marzo de 2017), (25 de abril de 2018).

⁸ La generación del 98 es el nombre con el que se ha reunido tradicionalmente a un grupo de escritores, ensayistas y poetas españoles que se vieron profundamente afectados por la crisis moral, política y social desencadenada en España por la derrota militar en la guerra hispano-estadounidense y la consiguiente pérdida de Puerto Rico, Guam, Cuba y las Filipinas en 1898. Todos los autores y grandes poetas englobados en esta generación nacieron entre 1864 y 1876.

⁹ Margarita Santos Zas. “Introducción a la vida y obra de Valle-Inclán”, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, (30 de marzo de 2017), (25 de abril de 2018).

al enfocarlos, ha cambiado su perspectiva”.¹⁰ En “Minerva”, por ejemplo, hago una reinterpretación de la relación entre Atenea y Ulises en *La Odisea* pues ya no es la diosa de la sabiduría romana sino una ninfómana esquizofrénica que busca venganza, y que nos parece tan entrañable. A su vez, “Amor”, por ejemplo, el Síndrome de Estocolmo¹¹ naturaliza la violencia en la voz narrativa. “La operación”, versa sobre una guerrillera urbana a quien la organización política a la que pertenece le encomienda entablar una relación sexo-afectiva con un infiltrado. En “Él” un padre, viudo, sexagenario anuncia su próxima boda a su único hijo. En otros, el entorno económico juega un papel imperante. En “Madres”, una mujer cansada de la vida marital donde la violencia física y la pobreza imperan, decide matar a sus hijos. En “Ella” se narra la historia de una cajera de tienda “de conveniencia” quien vive una violación mientras va hacia su trabajo mal pagado. En “Desconocidos”, la explotación y precariedad económica confluyen en la situación límite donde una pareja de jóvenes asalta una panadería y un padre salva la vida de milagro. En “Inmaculada” la pobreza lleva a una niña hacia la prostitución, a ser *vedette* y terminar, ya entrada en años, limpiando mesas en un congal de mala muerte. Y, finalmente, con características físicas singulares, en “A la carta” una mujer transexual es abandonada por su pareja mujer una vez que termina su transformación a petición de ésta. En “Nubes de plata” los cuerpos que subvierten el adentro y el afuera copulan entre fluidos y temperaturas nuevas.

Al escritor norteamericano Raymond Carver también le interesaban los seres que están fuera del sueño americano. La clase trabajadora norteamericana late en sus relatos anticlimáticos, como indica Enrique López Aguilar:

¹⁰ http://www.cervantesvirtual.com/portales/catedra_valle_inclan/vida_ultimos_anos/

¹¹ El profesor y académico de la Universidad Nacional Autónoma de México Alfredo Guerrero Tapia relata cómo surgió el concepto del Síndrome de Estocolmo: En agosto de 1973, en Suecia se detectó por primera vez un caso en que las víctimas simpatizaron de alguna manera con su agresor. El psiquiatra Nils Bejerot, asesor de la policía sueca durante el asalto, acuñó el término de síndrome de Estocolmo para referirse a la reacción fraternal de secuestrados o violadas ante su transgresor.

[que] se complace en la sobriedad, en la precisión, en la parquedad para todo lo que se refiera a las descripciones (verbales, en literatura; sonoras, en música; visuales, en pintura); así, objetos, personajes y situaciones anecdóticas se trazan de la manera más concisa y superficial posible; y el uso del adverbio y la adjetivación se reducen al máximo (si se tolera el oxímoron), pues se supone que es del contexto del que debe surgir el sentido profundo de la obra.¹²

En ese su realismo sucio se encuentra el pulso del lado B de una sociedad ahíta de consumo y competitividad, donde todo se puede perder en un click; donde las personas son desechables. De ahí que la fatalidad, o como Carver lo llama “sentirse amenazados” sea parte del título de este cuentario. “Sí, es verdad que muchos personajes en mis relatos encuentran que el mundo les amenaza. La gente sobre la que he elegido escribir sí se siente amenazada”.¹³ La fatalidad es la espada de Damocles que pende de un frágil hilo sobre sus cabezas. Esa sensación forma parte de la temperatura de mis relatos, además, en algunos, la estructura anticlimática carveriana busca a un lector reflexivo.

Si tuviera que resumir mi poética en una frase usaría aquello que José Revueltas decía, parafraseando a León Tolstoi: “no negarse jamás a ver, no cerrar los ojos ante el dolor ni volverse de espaldas por más pavoroso que nos parezca”¹⁴. Y en ese ver, llevo al lector conmigo si no como, cómplice, espero, como testigo.

Y, como el lector me acompaña, va conmigo, como es el fin primero y último de mi trabajo encarna en piezas sonoras¹⁵ creadas por el compositor, pianista y guitarrista Daniel

¹² Enrique López Aguilar, “Raymond Carver, poeta del “realismo sucio”. *Semanal*. La Jornada.(16 de noviembre de 2008), (10 de enero de 2018).

¹³ L. Maffery, “Entrevista a Raymond Carver”. *Zona Erógena*. Nº 17. (26 Septiembre 1994). (11 de marzo 2017)

¹⁴ José Revueltas, *Los muros de agua*, México, Era, 1980, p. 11

¹⁵ Para realizar las piezas sonoras convoqué a través de mi página de Facebook a los lectores interesados en prestar su voz para *Esperpentos de fatalidad* (sonoro). Se les envió el cuentario en formato PDF y se les pidió que escogieran el relato que más les gustara. Las grabaciones se realizaron en el estudio de Daniel Loyola y en mi casa con el fin de evitar los ruidos externos. Se grabaron tres tomas de su lectura del texto; una frase en la que, a su parecer, está la parte más importante o que más les gustó del cuento. Y, finalmente, la razón por la que lo eligieron. La palabra, como principal herramienta compositiva, abre nuevos caminos, tanto para la interpretación como para la estructura formal de una obra. Discursos y estéticas musicales, como el de la poesía/narrativa sonora, y la música

Loyola (1988), con quien trabajo en el colectivo *Signos sonoros*¹⁶; esto convoca al lector como protagonista de este ejercicio que conserva el título y que se transfigura más allá del papel. Lo buscamos como interlocutor activo de nuestro trabajo pues *Esperpentos de fatalidad (sonoro)*, necesariamente, “evita usar la palabra como mero vehículo del significado y la composición del [...] texto está estructurado en sonidos que requieren una realización acústica”¹⁷ Es así que la palabra transfigura en voz y sonidos que se apropian del espacio público y, en forma de ondas, le susurra al lector una manera distinta de colectividad porque, como dice Gloria Anzaldúa: “El acto de leer me cambió para siempre.”¹⁸

Las tres piezas de arte sonoro una para cada parte del cuentario —producto del acercamiento con trece distintos lectores—, se guardarán en el sitio SoundCloud, en fragmentos y, luego en piezas completas. Para la obtención de grado, al final del examen profesional, se presentará la pieza que corresponde a la segunda parte del cuentario, “Lo que me toca” y donde centro mi propuesta narrativa en lo social, en lo que me toca todos los días en dos sentidos: Uno el que me atraviesa y otro con quién/ quiénes me siento en deuda ética.

Leer me llevó hacia la escritura porque quería comunicarme con los autores y autoras que leía y a quienes les rendiría homenaje después. Leer me transmutó en sentido alquímico: Me transformé en otra a partir de lo que era, pues vi en la escritura la manera salvarme y seguir caminando.

electroacústica han invertido su búsqueda en un solo objetivo, expandir y enriquecer el lenguaje musical, así como incorporar una amplia gama de sonoridades que habían sido hasta entonces ignoradas.

¹⁶ *Signos sonoros colectivo* surge por la necesidad de tejer puentes entre varias disciplinas artísticas, en este caso literatura y música, pues creemos que el diálogo hace posibles maneras distintas de hacer y entender los procesos creativos durante el trabajo simultáneo entre artistas.

¹⁷ Susana Aktories, “Poesía sonora, arte sonoro: un acercamiento a sus procesos de semiosis”, *Acta Poética* 29. 2008. p.65.

¹⁸ Gloria Anzaldúa, “La prieta” en *Este puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco, ISM Press, 1988, p.159.

Madres

La pregunta sobre la maternidad la he tratado en “Bondad”, cuento publicado en la antología de narrativa titulada *Funk*, editada por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (2010). Más allá del tópico trabajado en los melodramas televisivos y, por ende, parte fundamental en la educación de las mexicanas, mi interés está en las madres homicidas. En aquellas que deciden quitarle la vida a sus hijos por diferentes razones: económicas, afectivas, políticas. “Madres” se comunica con el capítulo “Mater dolorosa”, el cuarto de la primera temporada de *Capadocia* (2008). Serie mexicana producida por Argos para HBO Latinoamérica, que retrata la vida de mujeres reclusas en la primera prisión privada del país.

En “Mater dolorosa” una madre primeriza se suicida luego de que la separan de su hijo recién nacido. Se cuelga en el patio de la prisión durante los festejos del 10 de mayo. En este capítulo conocemos la historia de Magos,¹⁹ la interna con más años y de mayor condena pues mató a dos de sus tres hijos para salvarlos de las violaciones constantes de su marido alcohólico:

Los violaba a todos, Lorena. Irene la mayor de mis hijas quedó embarazada de él, por eso me los quise llevar conmigo al cielo, para que ya no sufrieran. No sabía qué hacer. Lo único que se me ocurrió fue lo del veneno para ratas. Hice una sopita y nos la comimos. A los más chiquitos Dios se los llevó, pero quiso que Irene y yo nos quedáramos en este mundo. Ella perdió su bebé.²⁰

También tenía en mente *Medea*, de Eurípides, cuya protagonista, como extranjera sabía la suerte que esperaba a sus hijos una vez que ella fuera desterrada: muerte o esclavitud: "Nunca sucederá que yo entregue a mis hijos a los enemigos para recibir ultraje. [Es de todo punto

¹⁹ Personaje que a decir de los creadores de la serie está inspirada en Medea.

²⁰ Marco Polo Garcia, [Marco Polo Garcia]. (2015, Agosto 4). Capadocia Temporada 1 Capitulo 4 Mater Dolorosa [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=saSrgsDViXk>

necesario que mueran y, puesto que lo es, los mataré]”²¹ Una vez que la futura esposa de Jasón muere gracias al veneno que Medea pone en las joyas que le regala, matar a sus hijos es una impronta: “mi acción está decidida: matar a mis hijos y alejarme de esta tierra; no deseo, por vacilación, entregarlos a otra mano más hostil que los mate.”²²

A su vez, la versión fílmica del danés Lars von Trier, *Medea* (1988), ahonda en las razones de este personaje más allá del estigma. Las imágenes en sepia y la casi ausencia de escenografía retratan la desolada decisión de esta mujer. Las tomas cerradas al momento en que el mayor de los niños ayuda a colgar a su hermano en un árbol ya solo en las ramas y, luego, colgarse él mismo ante la duda de la madre²³ se oponen a la máxima griega de que la atrocidad sucede fuera de escena. El detenimiento en cada toma detonó la pregunta que varias notas rojas revisadas durante el proceso de escritura no podían contestar del todo: ¿por qué una madre que decide matar sus hijos es estigmatizada?

Viene a cuenta una nota periodística reciente, donde una mujer jalisciense llamada Sol decide matar a sus hijos cuando sabe que, por más que trabaje, no saldrá nunca de sus deudas. Sus hijos duermen en la recámara. Con la decisión tomada se levanta de la silla, pone los pocos pesos que le quedaban sobre la mesa y abre las llaves del gas. Reseña la nota: “Creen que cuando contó el dinero y supo que, otra vez, la vida la asfixiaba pensó sus pasos finales: escribir la carta, acostar a sus hijos, acercar al más pequeño un peluche, cerrar herméticamente la casa, cerciorarse que estuvieran profundamente dormidos, abrir las llaves de gas y acostarse con ellos hasta que la

²¹ Eurípides. “Medea”, en *Tragedias I*, Madrid, Gredos, 1991, p. 70

²² *Ibidem*, p. 76

²³ Daniel Barrios, [Daniel Barrios]. (2016, Agosto 29). Medea - Lars Von Trier (1988) [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=Hh0dlH_IQdk

muerte llegara por los tres”.²⁴Sólo la peste hará que los vecinos sepan de su muerte una semana después.

La historia en mi cuento “Madres” es similar. La madre, cansada de las golpizas y la pobreza de la vida marital, decide matar a sus hijos poniendo veneno para ratas en el café que tomará con ellos y, mientras les hace efecto, se peina mirando el jarro que le toca. La llegada intempestiva del marido alcoholizado adelantará la reunión con sus criaturas. "El sonido hueco de la olla de peltre en la cabeza de su mujer. El crujido de ya no sabe qué golpe. La sangre entre los cabellos negros y gruesos, en sus manos, en su camisa y en el agua de los trastes sucios."

La perspectiva de la narración la lleva un detective, quien llega a la escena: "Baja del auto. Sus pies se hunden en el barro. Alza las solapas de su abrigo y mete las manos en las bolsas. Enciende otro cigarro". Y, mientras describe los hechos, recuerda a su madre y se pregunta varias veces qué hubiera hecho él y contesta que nada. "Sabe desde que se lo dijeron que no está bien, pero tampoco lo que vio. Mientras camina hacia su auto piensa en qué habría hecho él. Seguramente nada. Se habría quedado mirándolos durante horas. Sí, seguramente. "

En el momento de la escritura el detective no tenía nombre, ahora se llama Rafael Covarrubias, de 40 años, relación compleja con su madre y obsesionado con casos en donde las madres matan a sus hijos; él mismo es un sobreviviente. Y digo ahora porque Covarrubias ya aparece en otro texto no incluido en *Esperpentos de fatalidad*, titulado “Nip”, donde un homosexual de clóset atrapado por las deudas, producto del sueño aspiracional de las tarjetas de crédito, mata a su esposa e hija cuando la primera descubre las fotos de Dante, su amante, en el celular. El bosquejo de trama y personajes principales: Covarrubias y Ricardo (aún no sé si Ricardo será el asesino que perseguirá el detective a lo largo de la novela o si será otro más de los

²⁴ Oscar Balderas, “La pobreza que mata: el suicidio de una madre mexicana que se llevó a sus hijos”. *Vice*. (23 de septiembre 2016), (11 de marzo de 2018).

casos del Covarrubias) me llevan a pensar que la historia tiene potencial para una novela negra corta.

Novela negra es el sinónimo más difundido, y preferido, cuando queremos decir novela policiaca, o novela criminal, o novela sobre policías y criminales; y como el ambiente en que la trama se desarrolla es generalmente oscuro, de bajos fondos, como el de las novelas del género en Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX, con clásicos como Raymond Chandler y Dashiell Hammett, el nombre no le viene mal.²⁵

Seguramente se llamará *Nip*, como el relato, pues mi interés está en hacer una reflexión crítica hacia las sociedades de alto consumo, pues la novela negra:

sirve, como en ninguna otra literatura, para retratar las sociedades en que vivimos, como una nueva manera de realismo literario, más eficaz que cualquier otro. O una especie de naturalismo del siglo XXI, lo negro, lo sucio, lo descarnado. Destapar el albañal. La novela policiaca se convierte así en un vehículo para contarnos cómo son los países en que vivimos, o para recordárnoslo.²⁶

Al escribir "Madres" pensaba de qué manera saltar al estigma del infanticidio ("Sabe que no debería justificarla, pero se pregunta de nuevo qué habría hecho él. La misma respuesta") ¿De qué manera reivindicar el acto de una mujer con una vida precaria que mata a sus hijos? ("La mujer, cansada de los golpes y el hambre, decidió, aquella mañana, que se había acabado. Acudió a la tlapalería del mercado y pidió veneno para ratas. Preparó el café como todas las noches") ¿Cómo visibilizar las razones económicas y sociales del infanticidio? Igual que Medea, esta mujer sin nombre sabe que la suerte de sus hijos y la suya no va a cambiar y, a diferencia de una madre de las telenovelas, toma su decisión. En "Bondad" la mujer decide ahogar a su hijo recién nacido y salir a buscar al padre fugitivo de aquél, presa de la epifanía de la libertad recuperada:

²⁵ Sergio Ramírez, "Historia negra, novela negra". *La Jornada*. (31 de agosto de 2017), (26 de septiembre de 2019).

²⁶ Idem.

“Luego se da un baño, piensa en su cuerpo, en las posibilidades que tiene, en la nueva vida delante. Empaca sus cosas y sale de casa dispuesta a recuperar al amor de su vida.”²⁷ El final abierto nos hace preguntarnos si lo encontrará o no y apoya el momento de revelación de la infanticida.

A las mujeres durante siglos se nos ha inculcado la maternidad y la crianza de los hijos, suponiendo que por nuestra capacidad para generar vida, de manera natural, deseamos cuidarlos.²⁸ En "Madres" no sabemos si la mujer decidió tener a esas tres criaturas, lo que sí sabemos es que ya no quiere esa vida para ella y sus hijos. En "Bondad" sabemos que el contexto (confusión, abandono del padre, precariedad económica, falta de información, etc.) la obligó a tener a su hijo. ¿Por qué no abortó? ¿Por qué no se cuidó?

En la actualidad parece una norma que las mujeres, además de ser asesinadas, sean explotadas en trabajos donde la paga es mísera y no alcanza para nada. Gran parte de las mujeres que trabajan ganan la mitad del sueldo que un varón:

Un sistema patriarcal le ha dado injustamente la carga de trabajo no remunerado a las mujeres, impidiéndoles acceder al mercado laboral, o incluso si acceden a trabajar, lo hacen con menor movilidad porque puestos más altos requieren tal vez más tiempo y cuando esta carga se concentra en las mujeres, eso va en detrimento de sus prospectos económicos.²⁹

El caso de Sol y de la narración que propongo intentan mostrar un amor de madre que no es el de las revistas donde bebés regordetes y madres sonrientes posan ante la cámara y el editor ha hecho más bellos gracias al Photo shop.

²⁷ Jacobo Venegas, (coor.), *Funk*, México, UACM, 2010, p. 28.

²⁸ Silvia Federicci, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de sueños, 2010, p.17.

²⁹ Fernanda Celis, “Precariedad, la constante laboral de las mujeres en México”. *Forbes*. (24 de enero de 2018), (18 de octubre de 2019).

Espero que “Madres” aporte al lector una perspectiva diferente sobre las madres que eligen matar y que la reflexión lo lleve un paso adelante del alcalde Tlajomulco (municipio donde vivían Sol y sus hijos), Ismael del Toro: “Y sobre esa mujer, Sol, me duele que la mujer se haya suicidado, pero me duele más que haya matado a sus hijos. Que no les haya dado la oportunidad.”³⁰

Mi propuesta narrativa va en busca de las razones que llevan a algunas mujeres a matar a sus hijos. Si bien me interesa lo anímico (se les ha tachado de locas y dentro de las instituciones penitenciarias las golpean hasta casi matarlas a manera de bienvenida) estoy más interesada en las violencias sistémicas que las llevan a tomar esa complicada decisión.

³⁰ Oscar Balderas, “La pobreza que mata: el suicidio de una madre mexicana que se llevó a sus hijos”, *Vice*, (23 de septiembre 2016), (26 de septiembre de 2018).

A la carta

Mi interés por las mujeres transexuales y los hombres que se visten de mujer (travestis) viene de la primera vez que vi el filme *El lugar sin límites* (México, 1977), del director mexicano Arturo Ripstein, adaptación fílmica de la novela homónima de José Donoso. La escena donde “La Manuela”, encarnada por Roberto Cobo, baila ante la mirada atónita de Pancho (Gonzalo Vega) me dejó perpleja. Más tarde, en la lectura de la novela del autor chileno descubrí un personaje de una profundidad y fortaleza desde la abyección (muy a pesar de su final) que me llevaron a escribir *Plastic Patrick*, un largometraje que cuenta la historia de Antonio (prostituto, *dealer* y *drag queen*) que mantiene a su madre en un manicomio *nice*. La parte estelar de su show como drag es cantar “Bésame mucho”, de la compositora mexicana Consuelo Velázquez.

Si bien en el guión, buscaba darle un giro al final trágico que persigue a estos personajes, en “A la carta” mi intención era encontrar un punto medio entre la tragedia de “La Manuela” y el final, digamos feliz, de Antonio³¹. Es así que en “A la carta” intentaba aproximarme a las razones que llevan a un hombre a transformarse en mujer. Me pareció buena idea proponerlo como un juego entre una pareja de años donde la curiosidad del hombre por un cuerpo femenino fuese un acto de amor compartido. Me parece que así es en la mayoría de los casos: un acto de amor personal de la mujer trans para alcanzar el cuerpo que siempre quiso.³² Por ejemplo, en el filme *Mi vida en rosa* (1997) donde el protagonista Ludovic nació en el cuerpo equivocado o en *Desayuno en Plutón* (2005) donde vemos la transformación de Patrick a lo largo del filme. El tono de comedia en ambas películas ayuda en momentos álgidos como la ausencia de la

³¹ En el camino se encontrará con Diamanda, tendrán una relación en la que intentarán construir nuevas afectividades y fracasarán. El final del largo, es abierto, con los dos hablando en una cafetería.

³² Cuando hablo de acto de amor, viene a cuenta el trabajo de la activista, artista y performancera (mujer transexual) Lia García (La Novia Sirena) quien trabaja sobre las afectividades desde la disidencia sexual. Revisar la entrevista que le hizo Alessa Flores (activista trans asesinada el 14 de octubre de 2016) en su programa de youtube Mundo trans donde Lia platica sobre su trabajo. Revisar el link: <https://www.youtube.com/watch?v=G8VV0tC1qwk>

menstruación en el caso Ludovic o cuando Patrick se reencuentra con su padre que es el sacerdote del pueblo.

En “A la carta” me interesaba hablar desde el dolor del amor perdido a manera de metáfora, es decir, la historia de esta mujer trans que asume las consecuencias, sí con dolor y un tanto de victimismo, pero no va en busca de quien la abandonó y anda los pasos de la ausencia. Digo metáfora porque, el fondo de la historia, es una crítica a las afectividades impuestas por el heteropatriarcado³³ donde un hombre no puede convertirse en mujer y, si lo hace, debe asumir las consecuencias, entre ellas, andar en la abyección del mundo. Aunque “La Manuela” no es una mujer transexual, en el Olivo, se le trata como un hombre de segunda, pues concibió una hija por una apuesta que La Japonesa Grande hizo con Don Alejo, patriarca del pueblo, en la que haría de ella un hombre. “—Ya está. Ya que te creís tan macanuda, te hago la apuesta. Trata de conseguir que el maricón se caliente contigo. Si consigues calentarlo y que te haga de macho, bueno, entonces te regalo lo que quieras, lo que me pidas. Pero tiene que ser con nosotros mirándote, y nos hacen cuadros plásticos.”³⁴

Dice La Manuela “Fue todo culpa de la Japonesa Grande, que lo convenció —que se iban a hacer ricos con la casa”³⁵. Continúa La Manuela hablando sobre el deseo de protección de su hija ante la llegada de Pancho al Olivo: “Que se diera cuenta de una vez por todas y que no siguiera contándose el cuento [...] sabes muy bien que soy loca perdida, nunca nadie trató de ocultártelo. Y tú pidiéndome que te proteja: si voy a salir corriendo a esconderme como una gallina en cuanto llegue Pancho. Culpa suya no es por ser su papá”.³⁶

³³ El heteropatriarcado (acrónimo de hetero[sexualidad] y patriarcado) es un concepto que se utiliza para referirse a un sistema sociopolítico en el que el género masculino y la heterosexualidad tienen supremacía sobre otros géneros y sobre otras orientaciones sexuales.

³⁴ José Donoso, *El lugar sin límites*, Barcelona, Bruguera, 1984, p. 44

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibidem*, p. 26

Y, más adelante, “menos que nadie a la Japonesita que le decía «papá», papá cuando una tenía miedo de que Pancho viniera a matarla por loca”.³⁷ Es que al dejar su posición de privilegio de hombre debe ser castigado. La mujer trans del cuento lo intuye y es por eso que dice: “Me habían dicho que sería difícil, que además de la estructura había que cambiar lo demás. Nada me parecía tan difícil contigo a mi lado. Sí, nada. Tú me tomabas de la mano y yo quería hacerlo todo”.

Ya Judith Butler ha hablado sobre el precio que paga una mujer transexual al transitar de uno a otro género. Es así que lo que quiero es representar una situación, si se quiere, melodramática, donde la protagonista asume el camino de autodestrucción para construir. No porque crea que ése es el único sino, precisamente, porque para representar otras afectividades hay que hablar de la manera en que se tejen las relaciones afectivas con mujeres trans, desde la posición binaria, donde el deber ser hombre se impone al final del texto cuando la mujer se va: “En una nota sobre la mesa me explicabas que te ibas con él. Subrayabas que no eras lesbiana y que me deseabas suerte”.

³⁷ *Ibidem*, p. 54

Amor

En este cuento busco explorar al Síndrome de Estocolmo. El singular vínculo afectivo que experimenta, en este caso, una mujer con su secuestrador. Me interesaba reflexionar sobre la normalización de la violencia en lo cotidiano. Fue de gran ayuda durante el proceso creativo el episodio trece, de la temporada cuatro, de la serie norteamericana *Mentes criminales* titulado “Linaje”,³⁸ donde una familia gitana secuestra a la futura esposa de su hijo de doce años. Al final del episodio nos enteramos que la madre también fue secuestrada cuando niña.

La historia de esta mujer sin nombre en “Amor” comienza cuando el secuestrador la abandonó y ella intentó suicidarse: “Resulta que el teléfono no deja de sonar. Es cuando me arrepiento de haber lanzado la contestadora una vez que cerraste la puerta, marchándote con la última de tus maletas. No sé porqué piensan que me haré daño. Esas compañeras de la cafetería a quienes se me ocurrió contarles no han dejado de llamar; piensan que no sobreviviré.”

“Amor” está contado en primera persona y, a través de flashbacks, la voz narrativa va reconstruyendo su historia: “Después del encierro, cuando pude ver la luz del sol otra vez, lo primero que las lagañas me dejaron ver, luego que pude enfocar la mirada, fue esta mesa negra, larga y perfectamente limpia.” Me interesaba hablar, como se ve, de la personalidad pulcra y ordenada del secuestrador, donde la mujer es otro más de los objetos caros que tiene en su casa. Una muñeca inflable que debe pasar por un proceso de embellecimiento que la hará parecerse al retrato que el hombre tiene en el buró cerca de la cama. Dice la mujer: “Me mirabas sin mirarme. Parecía que tratabas de encontrar a alguien dentro de mí”. La narración no nos cuenta si la mujer trató de escapar, pero sí resume lo que fueron los años juntos: “Los años pasaron entre regalos, provisiones para la casa, visitas intermitentes a la misma estética y tiendas de ropa con tu

³⁸ Max Gordon, (Productor). (2005) *Mentes criminales* [serie de televisión] EU: CBS Televisión Distribution.

supervisión. En cocinar lo establecido por tu inapelable lista de la semana o las visitas al hospital.”

Mi interés estaba en resaltar el nivel de naturalización de la violencia en la que vivía la protagonista, quería dar cuenta de esa que está en las cosas que se hacen todos los días. La violencia sistemática que ha vivido durante años la protagonista, la ha obligado a vivirla así, con normalidad. Fue sometida a esa vida para sobrevivir. Tuvo que crear el personaje, dejar de reconocerse antes de la captura y, una vez que ésta termina, no sabe quién es e intenta desaparecer: “Intenté de todo, una vez hasta me tomé un frasco de pastillas. Desperté en el hospital. El doctor era el mismo de las otras veces. Me comunicó que habías pagado la cuenta y que me pedías que no lo intentara de nuevo, que tu decisión estaba tomada”.

El final trunco del relato que Guillermo Samperio anota como característico de los cuentos del norteamericano Raymond Carver “en la mayoría de los relatos el final, es decir carece de final, haciendo un corte cuando el lector no se lo espera.”³⁹, tiene la intención de desconcertarlo y que reflexione sobre lo sucedido. Me interesaba que el lector pensara sobre si esta situación está tan lejos de lo que pasa en un país donde los feminicidios van en aumento, donde las denuncias jurídicas o no por violencia y acoso hacia las mujeres se hacen cada vez más comunes. Me interesaba representar una realidad donde todos los días aparece una mujer asesinada, está desaparecida o fue violentada sexualmente. Una realidad en la que una mujer no sabe si regresará a su casa con vida y sin ser violentada. Una realidad como la de la mujer sin nombre de “Amor”, que un día es liberada y ya no recuerda quién es.

³⁹ Guillermo Samperio (coor.) *Di algo para romper este silencio. Celebración por Raymond Carver*, Ciudad de México, Lectorum, 2005, p. 7

Minerva

“Minerva” busca reinventar la relación entre la diosa Atenea y el héroe griego Ulises, planteada por el poeta Homero en *La Odisea*, donde la diosa ayuda al héroe a regresar a Itaca. ¿Qué pasaría si Minerva fuera esquizofrénica, ninfómana y tuviera una huella de dolor infantil casi irremediable que la llevara a buscar venganza? Dice Minerva: “Hubo una víctima y un victimario y esa es la razón por la que hay que componer el pasado. Lo que haré tiene la justa atrocidad, la crueldad exacta para alguien como él.” ¿Y si en ese camino de soledad se encontrara con Ulises psiquiatra héroe que lucha contra la locura de sus pacientes todos los días y que ella, Minerva, le recordara a su hermana a quien no pudo salvar? Habla la protagonista: “Ahora, Ulises, cuando yo me vaya debes olvidarme. Olvida que me llamo Minerva y que me amaste. Que escribiste sobre mí en tus libretas mientras yo hablaba mirando por la ventana, que te recordaba a tu hermana. Que nos hicimos amantes porque seguramente yo lo haré”. ¿Qué pasaría si ambos se enamoraran aunque fuera muy tarde? Continúa: “Tú sabes que lo he intentado todo, hasta jugamos a creer que el amor sería el analgésico, el litio, el medicamento que me haría reinterpretar, reconstruir lo que vi en los ojos de aquella niña en el supermercado y las voces no se cansan de repetir.”

Estas son las reflexiones que conducen al relato- semilla de novela corta (que escribo aún, titulada *El subterfugio de Minerva*) que dialoga con el cuento “Río subterráneo” (1986), de la escritora mexicana Inés Arredondo, donde se cuenta la historia de la locura de una familia provinciana en voz de una de ellos, quien al final también pierde la razón: “Es eso lo que quiero contar: la crueldad y la exquisitez de una vida de provincia”.⁴⁰ Continúa la voz narrativa : “Soy la guardiana de lo prohibido, de lo que no se explica, de lo que da vergüenza, y tengo que quedarme

⁴⁰ Inés Arredondo, *Río subterráneo*, Ciudad de México, Secretaría de Educación Pública/ Joaquín Mortiz, 1989, p. 39.

aquí para guardarlo, para que no salga, pero también para que exista. Para que exista y el equilibrio se haga. Para que no salga a dañar a los demás.”⁴¹ En una parte del relato, Ulises, hace una clara alusión al título del cuento de la escritora sinaloense: “Ella puede a pesar del espanto y las voces hablar con la precisión de un asesino sobre recovecos, cuevas, túneles de un río subterráneo a mí negado.” Ulises habla sobre la sexualidad de Minerva y de su locura, desde el deseo de redención de quien se sabe en desventaja, de quien la sabe dueña, más que de su locura, del libre ejercicio de su sexualidad: “No te culpo por buscar la redención a través de mi cuerpo pues es lo único que me ha pertenecido siempre”.

Luego, en el poema “Espergesia”, incluido por el escritor peruano César Vallejo en *Los heraldos negros* pues el monólogo donde el personaje se presenta inicia con uno de los versos centrales del poema del peruano: “Yo nací un día que Dios estuvo enfermo”⁴² y comparte con el poema de Vallejo ese tono irremediable durante todo el relato. A su vez, la protagonista de la saga sueca Milenium, Lisbeth Salander —hacker bisexual— tiene la misma huella de dolor con Minerva: la violación.

La Minerva de mi cuento es esquizofrénica por la soledad y el espanto: “Siempre he estado sola y ya no hay cura para eso. Es dulce tu intento como irremediable es mi andar sin recuerdos. Yo voy a donde las voces me llevan, yo no escucho sino su mandato.” Parte de su locura se debe al abandono temprano del padre y la consecuente amargura de la madre quien la culpa de su marchita vida. Todo esto es terreno fértil para que Adolfo, el director de la primaria donde estudia pueda violarla durante varios años, pretextando el pobre aprovechamiento escolar de Minerva. Karen aparecerá en su vida y le enseñará a reponerse del dolor viviendo una sexualidad plena pues, hasta ahora, la vivía de manera clandestina y mirando porno. Gran parte

⁴¹ *Ibidem*, p. 39- 40.

⁴² César Vallejo, *Los heraldos negros*, Perú, Editora Perú Nuevo. 105-106 pp.

de lo reseñado sobre la biografía de Minerva no aparece en el cuento, pero sí en el proyecto de novela *El subterfugio de Minerva* aún en proceso de escritura. Me pareció importante hablar de ello en la poética para comprender aquello que la dramaturga mexicana Ximena Escalante llama huella de dolor que, de manera brevísima, se refiere a las motivaciones del personaje.

Es esta Minerva de la que se enamora Ulises y que desarrollo en las dos primeras partes del cuento desde la perspectiva de su terapeuta. Minerva está construida desde los ojos de un hombre que desea redimirla. Sin embargo, en el monólogo, la tercera parte del cuento, ella se niega a ser salvada, dice: “Te agradezco, porque no sé si lo recordaré más tarde, tu afán por ser mi príncipe encantado, pero soy una princesa que se perdió en sus esperanzas”. Para ella ya es demasiado tarde, en lo único que piensa es en la venganza. Aquí es conveniente retomar otra vez a Lisbeth Salander protagonista de la trilogía *Milenium* del sueco a Stieg Larsson, pues Minerva y ella comparten la misma huella de dolor: la violación que, como demostró el #24A, en la Ciudad de México y en otras partes del mundo es más común de lo que se quiere reconocer. En la segunda entrega, Larson hace un recuento de las redes de trata de personas y armas del sur de Estocolmo, donde la mercancía común son las inmigrantes.

La violación es un acto moralizador. Como anota la antropóloga argentina Rita Laura Segato, el violador aplica un correctivo moral hacia una mujer que, en su opinión, transgrede un límite, pero, todavía más porque ve en su cuerpo la posibilidad de comunicarse con sus iguales:⁴³

Ningún fenómeno relacionado con la violencia contra las mujeres está tan rodeado de los mitos como la violación [...] La estructura mítica alude a lo “natural” y “esperable de una mujer”. Existen [...] dos imágenes estereotipadas de una mujer en relación con la violación: una vulnerable, frágil y sin iniciativa cuya sexualidad es pasiva y está sometida al deseo del hombre;

⁴³ Josefina Edelsen, “Por qué la masculinidad se transforma en violencia”, *La voz*, (4 de mayo 2017), (26 de septiembre de 2018).

otra la preocupada por gustar, provocativa, seductora y deseante, que incita la sexualidad “irrefrenable” de los varones”⁴⁴

En la tensión entre estos estereotipos de mujer radica el papel correctivo del varón, en saberse el custodio de las reglas de convivencia en una comunidad que lo que justifica ante el amparo de una sociedad misógina. En “Minerva”, el daño parece estar hecho y la protagonista sólo piensa en una venganza extrema que también la aniquilará, una en la que ella es juez y parte:

Supé desde la primera vez que te vi que llegaría este día: estar sentados frente a una taza de café explicándote por qué no podré quedarme, por qué tienes que irte [...] Ahora, Ulises, cuando yo me vaya debes olvidarme. Olvida que me llamo Minerva y que me amaste. Que escribiste sobre mí en tus libretas mientras yo hablaba mirando por la ventana, que te recordaba a tu hermana. Que nos hicimos amantes porque seguramente yo lo haré.

Esa caída que se antoja tan atractiva, a la que se precipita el relato (y la novela) y que lo concluye con ella levantándose para ir en busca de su fin último, abre una reflexión semejante a la que Lee Geum Ja, protagonista de Señora Venganza, tiene después de intentar matar sin éxito al asesino de niños que la envió a la cárcel: ¿Dónde termina la venganza e inicia el camino de la justicia? ¿Son indisolubles? Minerva irá por Adolfo, su violador, e intentará matarlo para, al final, reencontrarse con la nueva potencia de esa niña que le fue arrebatada. Que desarrollo a profundidad el proyecto de novela mencionado, pues concluyo el cuento con un final abierto.

⁴⁴ Susana Velázquez, *Violencias cotidianas, violencia de género. Escuchar, comprender, ayudar*, Buenos Aires, Paidós, p. 213

Amigos

La resolución de este singular triángulo amoroso fue en dos discursos literarios. En el relato "Amigos", donde la tercera persona en llegar muere y sabemos de ella a través de la mirada de los otros. Lo que me pareció injusto y por eso le di voz en el ejercicio de pieza teatral "Antonia" (no incluida en este cuentario), donde Mariana nos cuenta la compleja trama que la lleva hacia la muerte. Una amistad entre dos niños (Inés y alguien de quien no se menciona el nombre) que se vicia cuando aparece Mariana.

En "Amigos" el juego de voces, un tanto confuso, es fundamental para la construcción del ambiente de amor, sexo, drogas y muerte. Me avoqué a la técnica literaria llamada focalización interna variable: "Si se diera el caso de que existiera una narración donde el peso narrativo se repartiera en dos personajes estaríamos hablando de una *focalización interna variable*".⁴⁵ La primera persona y la segunda persona aparente asoman en el narrador cómplice: "Dentro de la segunda aparente cabría el caso de alguien que contara en primera y se fuera deslizando hacia la segunda para involucrar y crear una complicidad inconsciente con el lector, por esa razón, llamo a este caso el narrador cómplice."⁴⁶ Esto alimenta el carácter de cada uno de los personajes. Mientras Inés es centrada y metódica (tiene que serlo, pues su madre padece una enfermedad terminal): "Siempre le decía que mi mamá trabajaba cuando quería saludarla. Ella balbuceaba algunas cosas mientras lo empujaba hacia afuera", o más adelante, cuando se escapa para tener su "primera vez" con su amigo a cambio de las pastillas para el aborto de Mariana: "Me vestí y regresé a casa antes de que mi padre llegara y se diera cuenta de que no le había dado su medicina a mamá."

⁴⁵ Teresa Dey. *Enunciación y voces del relato*, (29 de julio de 2011), (26 de septiembre de 2018).

⁴⁶ Ídem.

Su amigo, por su parte, está inmerso en esa manera de amar y vivir con Mariana:

Ya no hay retorno, te fuiste y es lo único que importa”. Eso me dijiste la primera vez que me fui, que intenté dejarte, dejar ese maldito cuarto de azotea donde todo comenzó.

Siempre dijimos que era temporal. Primero se llenó de los amigos; luego de los consumidores frecuentes; más tarde de los clientes de Mariana.

La estructura del cuento es más o menos así: Al inicio de cada parte hay un número romano; sabemos quién habla gracias a él: uno para Inés y dos para el amigo sin nombre. ¿Por qué cambiar de una voz a otra? Los personajes hablan desde esa otra voz para evocar, a veces, y otras, para poner distancia entre lo que sienten y dicen y hacer cómplice al lector. Los amigos se comunican así, entre susurros telepáticos, una vez que aparece Mariana. Y, ahora que lo pienso, quizá por eso muere y con ella se va la posibilidad de estar juntos.

Luego del número romano hay un párrafo de tres líneas donde las voces se desdoblan más la del chico que no lleva nombre. Dice, luego del aborto de Mariana: “Ya no fuimos los mismos. Mariana casi se muere. Las pastillas te provocaron un desgarramiento interno. Me obligaste a esperar una semana antes de llevarte a urgencias. Entretanto te calmabas el dolor con *coca*. Creo que querías morirme.” Si bien un aborto amerita cierto desdoblamiento, el personaje sin nombre, lo hace durante el relato: se desdobra en otra voz como si conversara con otro o consigo. Su aislamiento y soledad comienzan desde niño, quizás por la dislexia que padece y una madre que olvida cosas. Inés evoca algo de su infancia juntos: “Para todos siempre fue un niño raro que no hablaba, al que le costaba escribir la tarea o leer en voz alta. El que llegaba despeinado y con la ropa sucia porque a su mamá se le olvidaba. Muchas veces iba de blanco cuando no tocaba. Siempre lo castigaban por eso, siempre se perdía las primeras clases.”

Si bien la anécdota y la construcción de la trama recuerdan al melodrama⁴⁷, donde la tercera en llegar no sobrevive, el texto no busca adoctrinar sino mostrar la convivencia entre los personajes. La elección del epígrafe de Franz Kafka ayuda a ilustrar mi intención al escribir: “A partir de un cierto punto ya no hay vuelta atrás. Hay que llegar a ese punto”. Para cada personaje es distinto. El más evidente es el de Mariana que arriba a la muerte. La narración es una retrospectiva constante que nos llevará hacia el final de su amistad: “Fuimos juntos al entierro. Éramos los únicos. Luego que pusieron la cruz, nos despedimos.”

¿Por qué escribir un relato donde las drogas, el sexo se mezclen con la imposibilidad de la amistad y las relaciones amorosas? Lo que intentaba encontrar era una representación, un modelo en que se pudiera mirar no solo la pérdida, sino la serie de eventos/ decisiones que llevan al aniquilamiento de Mariana, por una idea que se transforma en un modo de vida del que ya no puede escapar. Ella es el eslabón frágil que los separa, primero, y los une después en ese triángulo que se desvanece una vez que su cruz se planta en la tierra. Una representación que hablará de la imposibilidad de estar con el otro desde la horizontalidad de una mirada empática.

⁴⁷ Una estrategia muy común en los melodramas televisivos, telenovelas principalmente, es el triángulo amoroso entre la protagonista, el galán y la villana. Dicha estrategia alimentará la acción de los dos primeros actos de la historia, entendiendo como tercer acto la boda entre la protagonista y el galán.

Revolución

En este cuento busco reflexionar sobre la idea romántica donde los conceptos políticos se llevan hacia la práctica amorosa. Revolución es amor y viceversa. De ahí el epígrafe de *Piedra de sol* de Octavio Paz: “el mundo cambia si dos se miran y se reconocen”.⁴⁸ La protagonista tiene la certeza de lo artificial de las conciencias políticas de su generación. Para ella, el mundo es falso, plástico; nadie comparte la intensidad de su compromiso revolucionario. Dice: "Más chicas, chicos con playeras revolucionarias, pantalones de cuadros y cadenas que se visten para ligar, que no saben nada y no les interesa. Para ellos la Revolución es *cool*." El tono sarcástico de la narración guarda semejanza con el monólogo de cierre del filme *Trainspotting* (1996), basado en la novela del mismo nombre del autor británico Irvin Welsh. Renton, el protagonista, se burla de la sociedad de consumo aludiendo a su inminente inclusión en ella gracias al dinero que robó a sus amigos, producto de un hurto colectivo: “¿Por qué lo hice? Podría dar muchas respuestas, todas falsas. La verdad es que soy un mal tipo. Pero eso cambiará. Yo cambiaré. Esto se acabó. Me mantendré limpio y en movimiento, caminando derecho y eligiendo la vida. Seré como ustedes. Trabajo, familia, Tv grande, lavarropas, auto.”⁴⁹ Y continúa enlistando los placeres de la sociedad de consumo. El tono sarcástico asemeja también al de la canción “Fitter, happier” de la banda británica *Radio Head* incluida en el disco *Ok Computer* (1997)⁵⁰ donde la voz de algo, que parece un androide, habla en tono irónico de las bondades de esa misma sociedad.

⁴⁸ Octavio Paz, *Poesía*, Ciudad de México, Editorial Seix Barral, p. 95.

⁴⁹ SImountainpopcity [slmountainpopcity]. (2012, Enero 20). Escena final trainspotting subtitulada [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=u4wfGQftVxQ>

⁵⁰ Claudia Cea Cruz, [GALILEA]. (2017, Diciembre27). Fitter Happier / RADIOHEAD / Subtítulos Español [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=dnjpQQExQQc>

La historia de “Revolución” transcurre en el mundo antes de la inserción al sistema capitalista de alto consumo y desde ahí la protagonista revolucionaria critica a sus opuestos y a quienes parecieran sus iguales, a quienes el capitalismo voraz les ha vendido la revolución en forma de íconos vacíos. Es así que Frida Kahlo *is cool* y el Che Guevara un parche más para adornar ropa y accesorios: como la colección “Habana”, de la marca, Furor donde la foto emblemática del fotógrafo cubano Alberto Korda Quispe es el motivo central del diseño de la ropa: “... en pleno otoño del 2002, la cadena trasnacional de ropa casual juvenil Furor, oferta sus prendas a través de un espectacular retrato del doctor y guerrillero que va del techo al suelo. De esta manera, miles de burgueses que acuden a los malls, pueden adquirir prendas bajo el ojo del hombre que desafió al sistema capitalista”.⁵¹

Idearios políticos convertidos en mercancía atractiva y reproducible para una generación que lucha desde Facebook y Twitter y durante una manifestación, amenaza a los granaderos con su iPad. “Después de unos años engrosarán las filas de empleados, de amas de casa o de profesionistas sin trabajo.” El panorama dibujado no es alentador ni distinto al que se lee en los medios de los que son dueños los grandes consorcios económicos. Ya para Franz Fanon la idea del héroe que muere es un placebo para perpetuar el estado de las cosas.⁵² Quizás aquí esté la pertinencia del texto en su apuesta por una visión distinta: la de la posibilidad.

El cuento tiene final abierto para no dar la última palabra con respecto a un amor sobre otro. En este caso el heterosexual sobre el lésbico, sino en la posibilidad de amarnos sin etiquetas: “No sé cuánto duraremos, tampoco si el amor será suficiente o si nuestro pasado nos obligará a claudicar: Si el sueño se convertirá en pesadilla. Ya no somos blancos, negros o rojos. Ahora estamos juntos y eso es lo que importa. Ahora lo miro, me mira, y nos reconocemos. Soy, es,

⁵¹ Nydia Egremy Pinto, “A 35 años de su asesinato Ché, ícono del capitalismo”, *Contralínea*, (10 de octubre 2012), (26 de septiembre de 2018).

⁵² Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p.45.

somos.” Y lo que me gustaría es que invite a pensar en la coerción simbólica de este capitalismo, donde las afectividades están atravesadas por el consumo, donde el amor ideal plantado permita pensar alternativas en un sistema donde la rapacidad es la norma.

Autonomía

El texto viene de una mirada, de mirar las portadas de los diarios luego de la entrada de la Policía Federal Preventiva (PFP) a Ciudad Universitaria, el 6 de febrero del 2000, dando por terminada la huelga que nueve meses antes iniciara la comunidad universitaria en contra de la implementación de cuotas a la educación superior pública y gratuita.

La imagen que más me impactó fue la de Francisco Olvera, fotógrafo de *La Jornada*, Premio Nacional de Periodismo 2000, publicada en la portada de dicho diario el 7 de febrero. En ella se puede ver en primer plano a una pareja de jóvenes abrazados, teniendo como fondo el “Auditorio Che Guevara” –llamado así por los estudiantes en huelga– (antes Justo Sierra) vacío, con rastros de ropa dejada por los desalojados y a varios elementos de la PFP en formación.

Escribí “Autonomía” a modo de viñeta breve por su intensidad, emulando el trabajo de la chihuahuense Nellie Campobello. Dice Jorge Aguilar Mora sobre la obra de Campobello: “...se aproximó todavía más al relato pasajero, instantáneo, aparentemente insignificante, pero profundamente revelador... Ella fue a su memoria para perpetuar los instantes más olvidables para otros y más intensos, para quienes los vivieron”⁵³. Me interesaba contar la historia del antes y después de las víctimas en esa toma. Introducir las razones de la lucha política y la incertidumbre de la voz narrativa con la que concluye el cuento con final abierto: <<No sé a dónde nos llevan. “Ahí vas otra vez de revoltosa. De verdad que tú no entiendes. ¿Y si los agarran? ¿Dónde te buscamos?” Ojalá que hablen de esto en las noticias. Ojalá que nos encuentren. Ojalá que, al menos, las cuotas no hayan pasado.>>

La tortura sexual como método coercitivo hacia las disidencias políticas no es cosa nueva, ocurrió durante el Movimiento Estudiantil del 68, Halconazo, Guerra Sucia, Atenco, por

⁵³ Nellie Campobello, *Cartucho*, Ciudad de México, Era, 2000, p. 11.

mencionar algunos, de ahí que resultara importante introducirla en los diálogos de los elementos de la PFP: “—¡A ver hijos de su pinche madre! ¡Ya se los cargó la verga!, —dicen.” “—¡Se les cayó el cantón, holgazanes de mierda!, —dice uno.” “—¡Mira nomás, pero qué chulas las tiene la filosofita!, —exclama otro”, en cómo viven ésa violencia las víctimas: “Manuel me mira. Está muy asustado, tiembla. Elisa llora. Fermín trata de cubrirla con su chamarra”, “Para entonces ya nos tienen a todos en el Auditorio. Nos ponen en una fila. Avanzamos al vehículo que está junto a la tienda de dulces. Alcanzo a ver a “La gringa vestida de china poblana”, “A Manuel y Fermín los suben a otro. Elisa me toma de la mano. Trato de calmarla. Ella sigue llorando. Me aguanto las ganas de gritar.”

La violencia como método de tortura implementado durante la guerra muestra en “Autonomía” su cara más edulcorada, pues desde el inicio de la detención, como se supo más tarde, se usó dicho método; así como en el reciente levantamiento del estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria 8, Miguel E. Schulz de la UNAM, Marco Antonio Sánchez Flores, y su aparición, cinco días más tarde, con lesiones físicas y psicológicas visibles⁵⁴, nos coloca en una situación donde el terror y el miedo irán de la mano con la Ley de Seguridad Interior.

“Autonomía” busca a un lector que quiera sentirse atravesado, que quiera reflexionar sobre una realidad que ya nos ha alcanzado a todos.

Es importante señalar que “Autonomía” fue el primer cuento elegido por Daniel Loyola para ser intervenido, transformado en sonidos. El contenido político y la violencia hacia las disidencias políticas influyeron en su elección: “Retrata una realidad que no queremos ver, de la que queremos pasar de lado”⁵⁵. A su vez, fue leído por mí en el programa de radio por

⁵⁴ Areli Villalobos, “Caso Marco Antonio: Crónica de una desaparición forzada”, *Proceso*, (5 de febrero de 2018), (26 de septiembre de 2018).

⁵⁵ Extracto de las conversaciones con Daniel Loyola durante proceso creativo de *Esperpentos de fatalidad sonora*

internet *Retorcidas*, el sábado 24 de febrero de 2018,⁵⁶ donde hablamos sobre el proyecto *Esperpentos de fatalidad sonora*. Se mostrarán los avances en programas radiofónicos subsecuentes.

Así la viñeta intenta con su intensidad buscar que el recuerdo prevalezca en la memoria colectiva de las luchas sociales, al menos como granito de arena.

⁵⁶ Nuestra voz radio. [nuestravozradio.tv]. (2018, Febrero 24) Cuentos sonoros en Retorcidas NVR [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Wa1AGkrtBFQ>

Ella

Este texto habla de la precaria vida de una cajera que trabaja en una tienda “de conveniencia” y su inevitable violación. Inevitable porque, como señala Rita Segato:

la mirada rapiñadora sobre el planeta y sus criaturas (y no olvidemos la raíz común de las palabras rapiña y rape, violación en inglés), tendremos el cuadro completo de la transformación de la vida en cosa, la transformación de las personas en mercancía, en primer lugar el pasaje de las mujeres a esa condición de objeto, a su disponibilidad y desechabilidad, ya que la mimesis de los hombres con la posición de poder de sus pares y opresores encuentra en ellas las víctimas a mano para dar paso a la cadena de mandos y expropiaciones.⁵⁷

Dicha inevitabilidad está en el final del relato: “Sale, me deja, se aleja. No sé cómo pasó, pero aquí estoy. Lo sigo mirando mientras da vuelta en la esquina. Me subo el pantalón, camino hacia el trabajo, voy retrasada.” La disminución en el salario y, por ende, la precarización de la vida, hace de la última frase algo descomunal. Mónica no está pensando en lo que le sucedió, sino en que va a llegar tarde a su trabajo porque todos somos prescindibles, sin embargo, ese trabajo paupérrimo le permite vivir lejos de la casa paterna de la que salió huyendo para salvar la vida. Continuando con la tesis de la antropóloga argentina, la violación es un castigo ejemplar con que el agresor corrige a la víctima: “La violación es un acto de moralización: el violador siente y afirma que está castigando a la mujer por algún comportamiento que él entiende como un desvío, un desacato a una ley patriarcal.”⁵⁸ Esta mujer necesita ser castigada, según el patriarcado, por andar sola de noche, no importa si es para trabajar:

[...] — ¡Cáete con lo que traes! —me dice mientras me clava la pistola en el estómago.

Le entrego mi bolsa. La revisa apresurado.

—¡Sólo pinches veinte pesos! —me dice enojado.

—Es por si me asaltan —le contestó sin pensar.

⁵⁷Josefina Edelsen, “Por qué la masculinidad se transforma en violencia”, *La voz*, (4 de mayo 2017), (25 de septiembre de 2018)

⁵⁸Ídem.

—Además de pinche pobre, chistosa. Camínale que te voy a quitar lo hocicona— dice mientras me jala.

Además, Mónica es una mujer que viene huyendo de un episodio de violencia, que su agresor nota durante la violación:

—¿Qué te paso en la panocha? —me dice asqueado.
Ha notado las cicatrices. El pasado no miente, la historia de mi cuerpo lo ha alcanzado.

Este acto violento sucede porque es una mujer que tiene que salir a trabajar de noche para sobrevivir: “La independencia me cuesta 14 horas de trabajo diario y el sueldo mínimo”. Mariana Berlanga anota: “El patriarcado cuida a las mujeres, pero no a todas. Las mujeres pobres son desechables.”⁵⁹ Y eso lo sabe la protagonista del relato, quien viene huyendo de un entorno violento:

Desde que me fui de casa ésta es la primera vez que busco en mí algún rescoldo de aquello. Me miro en el espejo completa y no veo mucho más que antes: la estructura de una mujer, el cuerpo preciso de lo femenino. Hasta dónde me ha llevado este accidentado cuerpo. Redondo, sutil, incluso atractivo. Soledad infinita, silencio inaudito. Se contrae, se entrega. Mío a pesar de mi ausencia, de la apatía con que me aproximo a lo inasequible.

En ese mirarse en el espejo los recuerdos son muy claros, sin embargo, elegí la prosa poética para la construcción de un ambiente onírico que sirviera de preámbulo y contraste con el abuso sexual y el subsecuente final. El final tenía que ser potente porque: “La novela siempre gana por puntos, mientras el cuento debe ganar por knockout”⁶⁰ y, en ese nocaut, invitar a reflexionar al lector, buscando que lo atravesara, concepto feminista que se refiere a ser interpelado a través de la palabra sentir con el cuerpo la serie de injusticias que llevaron a Mónica a la violación y, al final de ésta, sólo levantarse los pantalones y apresurar su paso hacia su trabajo.

⁵⁹ Dick Emanuelsson, “Entrevista a la periodista Mariana Berlanga sobre el feminicidio en la Ciudad de Juárez”, *HR News*. . (2016, 17 de diciembre), (18 de septiembre de 2018).

⁶⁰ Julio Cortázar, *Obra crítica/2*, Ciudad de México, Alfaguara, 1994, p.372.

El final anticlimático, tan carveriano, agrega en la búsqueda de conmover, de empatizar con un personaje que se reproduce por millones en la invisibilidad impuesta por un sistema para el que la mano de obra barata ha dejado de tener sentido práctico. La implementación del trabajo subrogado impone condiciones de trabajo paupérrimas:

Me siento en el suelo. La luz es como de hospital. Las grietas del techo y lo descarapelado de la pintura conviven con las cucarachas que se mueven como soldaditos.

Miro el reloj, faltan veinte minutos para entrar. Cuelgo mi bolsa vacía en el clavo que me toca. Sólo las de planta tienen locker.

Donde lo único que queda es la resistencia, es no caerse, es no acobardarse. La sobrevivencia de Mónica está sostenida en el desdoblamiento del día a día, en observar minuciosamente lo que sucede desde la neutralidad de lo que no la toca aunque, sea a su cuerpo el violentado. “Ella”, Mónica, una mujer trabajadora asalariada y quien ha vivido violencia, sabe que hay que ir a trabajar, que hay que seguir andando para poder comer y eso es la norma del día a día de unos trabajadores que no existen.

Desconocidos

Escribí el cuento luego de leer varias notas sobre el asalto a una panadería en la Delegación Iztapalapa, por una joven pareja que termina muerta. Se dan un beso, luego él le dispara a ella antes de suicidarse. Ella muere en la ambulancia camino al hospital. Me interesaba contestar la pregunta: ¿qué hace a dos jóvenes llegar a esa situación límite a sabiendas de que, lo más probable, es que mueran?

La noticia fue ocho columnas en varios diarios de circulación nacional considerados como de nota roja. En varias había un elemento sorpresivo: “el ladrón intentó dispararle en la cabeza al empleado que había pedido ayuda; sin embargo, el arma de fuego se le encasquilló, lo que evitó la detonación.”⁶¹ El hombre se salva y acelera el trágico fin de los asaltantes. ¿Qué tenía de especial? ¿Por qué un golpe de suerte lo había salvado? Se me ocurrió que fuera un padre soltero y trabajador que se sobrepusiera al abandono de su mujer y se enfrentara a la crianza de sus tres hijos en un sistema que lo único que ofrece es una vida precaria y sueldos paupérrimos: “Se sientan a la mesa. Frijoles, tortillas, leche, huevo. En las loncheras: tortas de jamón y un boing. “En la rosticería me va mejor. Lo malo es que es todo el día”. Las condiciones para los trabajadores asalariados decaen día a día, pues “el actual salario mínimo garantiza al capital la permanente reproducción de la fuerza de trabajo en condiciones de vida y de trabajo devenida en el sometimiento, así garantiza la existencia y reproducción de la pobreza, contribuyendo a acelerarlas y perpetuarlas”.⁶² Las alternativas de subsistencia son pocas y, en la precariedad, parece, que las tragedias se construyen con cierta gratuidad.

⁶¹ Redacción, “Acorralados, pareja de ladrones se suicida tras su último beso”, *Zócalo*, (27 de febrero 2012), (26 de septiembre de 2018)

⁶² CAM, “Reporte de investigación 122. México: Se agudiza la superexplotación del trabajo. Continúa la pérdida del poder adquisitivo del salario de 9.65% con Peña Nieto”. *CAM*. (15 de diciembre de 2015), (18 de enero de 2018).

La nota roja, escrita con premura y para un público determinado, da cuenta de ello. Para Lara Klahr es “un conjunto de acontecimientos sociales que vulneran las normas penales”, una etiqueta que los periodistas utilizan para consignar actos de distinta naturaleza: delictivos (un asesinato), incidentales (un accidente aéreo) o incluso “naturales” (un siniestro).⁶³ Los títulos efectistas usados como epígrafes para “Desconocidos” son una invitación para lo que vendrá después: la ejecución de lo que, en el caso de los asaltantes, parece un destino:

“Magda y Genaro lo habían planeado con antelación.

Todos los días se sentaban en el puesto de quesadillas de enfrente. Sabían a qué hora llegaba la camioneta blindada. Cuántos empleados trabajaban en la Lecaroz. Cuándo salían a comer. Las horas muertas.”

A pesar de la planeación, llevan todas las de perder porque, como primerizos, olvidan cosas como la posibilidad de que uno de los empleados pida ayuda.

“—¡No mames, Genaro, hay un güey en la rosticería y está llamando por celular! —grita asustada Magda

Genaro lo trae a empujones. Lo pone de rodillas y le apunta en la cabeza

—¡Ya valió madres!— le dice. La pistola se encasquilla”.

El encasquillamiento cambia el estado de las cosas, y Magda y Genaro saben que la única alternativa, una vez que están acorralados por las autoridades, es la muerte.

Paradójicamente, buscan el dinero que les permitirá ascender socialmente pues el sistema capitalista crea el espejismo de la vida aspiracional, es decir, que las oportunidades del buen vivir son para todos. Sin embargo, como sabemos, no es así.

⁶³Lara Klahr, Marcos y Francesc Barata, *Nota(n) roja. La vibrante historia de un género y una nueva manera de informar*, México: Debate, 2009, p. 23.

Esa es justamente la motivación para escribir “Desconocidos”. Visibilizar —tomando la nota roja—la precarización de la vida en el capitalismo voraz que nos ha tocado vivir. La situación límite en la que están los personajes refiere una realidad poco representada de manera que podamos reflexionar sobre las causas económicas y políticas que empujan hacia ella.

Genaro y Magda son dos jóvenes solos, abandonados a su suerte. Sabemos poco de sus familias; de ahí que sólo se tengan en uno al otro: “Genaro la mira. Jamás ha podido negarle nada. La ama tanto desde que tenían tres años. Desde que le daba de sus tortas en el recreo. Desde que ella se metió una noche en su cama.” Y Magda, mientras va en la ambulancia rumbo al hospital sueña con “Sus padres esperándola del otro lado del río”, aludiendo al que cruzan los migrantes en su camino hacia Estados Unidos y al de los muertos. Magda y Genaro representan la desesperación ante un contexto que los excluye y, de ahí, la osadía de asaltar la Lecaroz: “También defiendiendo mi derecho a existir, a mí no me dieron nada, a mí todo me lo quitaron.”⁶⁴ Tristemente se muestra como la única posibilidad de ascenso social.

En cambio, el padre busca otra salida: El trabajo asalariado en condiciones infrahumanas y pago paupérrimo que, sin embargo, para éste es la manera en que puede sacar a sus hijos adelante. La banda mexicana “Panteón Rococó” ahonda sobre la cotidianeidad de la clase trabajadora en la ciudad en la canción “La carencia”:

Después de ocho horas de andar laborando
Desesperanza se siente en el hogar
Pues con la friega que hay a diario
Ya no alcanza pa´ progresar.⁶⁵

⁶⁴ biosstarsmx [biosstarsmx]. (2014, Abril 24). Trailer: Crónicas de Castas [Archivo de video]. Recuperado <https://www.youtube.com/watch?v=kaNuAcecU-4>

⁶⁵ Haru Caballero. [Haru Caballero]. (2013, Julio 15). Panteón Rococó - La carencia. Recuperado <https://www.youtube.com/watch?v=Ki1a1joDrTQ>

El coro de la canción dice: “Y la carencia arriba y los salarios abajo.” Resuena al interior del relato, quisiera que fuera un recordatorio de lo que no queremos ver.

Ahora bien, parece que las condiciones de vida para las personas en este capitalismo voraz que represento en “Desconocidos”, son dos: el padre trabajador y la pareja de asaltantes. Mientras uno trabaja mucho y recibe lo poquísimo que le permite sobrevivir, su esperanza de vida no es tan distinta a la de los asaltantes que buscan, con su acto, el dinero que los dejará vivir a sus anchas por un corto periodo: “Pues en un mundo globalizado/ La gente pobre no tiene lugar”⁶⁶ Es que las “Políticas con expresiones y rostros que han esclavizado a los trabajadores mexicanos en condiciones de vida y laborales cada vez más precarias, miserables, expresadas y concretadas, entre otras, mediante incrementos salariales nominales significativamente menores al aumento en el costo de vida de las familias trabajadoras.”⁶⁷

No busco, al escribir “Desconocidos”, una resignación moral ante los hechos narrados, ni agregar al discurso de los buenos y malos, ni legitimar los actos violentos. En lo que estoy interesada es en reflexionar sobre una realidad, la del capital, que nos condena a la mayoría. Y que, por un momento, éstos que aparecen en el relato nos dejen de parecer ajenos y desconocidos.

⁶⁶ Caballero, Haru. [Haru Caballero]. (2013, Julio 15). Panteón Rococó - La carencia. Recuperado <https://www.youtube.com/watch?v=KilaljoDrTQ>

⁶⁷ CAM (2015, 15 de diciembre). “Reporte de investigación 122. México: Se agudiza la superexplotación del trabajo”. Continúa la pérdida del poder adquisitivo del salario de 9.65% con Peña Nieto. *CAM*. Recuperado de <http://cam.economia.unam.mx/reporte-de-investigacion-122-mexico-se-agudiza-la-superexplotacion-del-trabajo-continua-la-perdida-del-poder-adquisitivo-del-salario-de-9-65-con-pena-nieto/>

La operación

El título del relato hace alusión a la Operación Cóndor que, a decir de la periodista italiana Stella Calloni: “[Fue] una coordinadora de las dictaduras para perseguir, asesinar y torturar a disidentes políticos, sin fronteras de contención alguna.”⁶⁸ Dice el jefe de los torturadores en “La operación”:

—Los hemos traído aquí porque nos enteramos que andan de revoltosos, que son comunistas y bueno, nuestro trabajo consiste en investigarlos, cazarlos y traerlos para que nos digan dónde y cómo encontrar a sus demás compañeros de lucha. Sí, ya sabemos que están preparados para esto y que no son traidores, sin embargo, nosotros encontraremos la manera de que se vuelvan platicadores.

Para la construcción de los espacios en los que suceden los hechos del cuento, retomé algunos de los testimonios de los sobrevivientes que forman parte de *Operación Cóndor. Pacto criminal*, de Stella Calloni. Dice Sara Méndez: “usaban varios métodos. Uno era colgar a los torturados de un gancho que salía del techo y por medio del cual la víctima tocaba a veces el suelo húmedo regado con sal, lo que hacía más fuerte aún el choque eléctrico”.⁶⁹

Dice la guerrillera:

“Me atan de las manos y me suben a empujones por la escalera. Siento pequeños grumos entre el agua fría del piso. Me cuelgan de algo que parece un gancho. Lo sé porque siento el metal frío entre las manos. Comienzan por la cabeza, luego con el estómago y al final introducen la picana en la vagina. No puedo gritar. Vomito sangre, recibo una cachetada.”

Otro testimonio de José Ramón Morales y Graciela V. de Morales, resultó de interés para mí pues: “Graciela logró zafarse de sus ligaduras y aprovechó el momento en que los verdugos descansaban; se apoderó de las armas, despertó a José y se enfrentó con algunos de sus captores

⁶⁸Stella Calloni .*Operación cóndor pacto criminal*, Ciudad de México, La Jornada, 2001, p.12

⁶⁹ *Ibidem*, p. 274

provocando un golpe a los verdugos de Orletti. Su huida obligó a cerrar rápidamente Automotores Orletti.”⁷⁰ La posibilidad del escape, y que una mujer fuera la ejecutora, me ayudó a construir el cuento en retrospectiva con una imagen: una mujer que se hiciera estallar en un centro de detención en una suerte de justicia poética. La idea de infiltrar al infiltrado me pareció consecuente con dicha imagen; y el remate del cuento circular que comienza: “—Ni siquiera entiendo cómo es que todavía estoy aquí.” Y termina:

-Ni siquiera entiendo cómo es que todavía estoy aquí. La bomba ya debería haber estallado.

—Hija de tu chingada madre, —dices mientras sales corriendo.

Sonrí, estallamos.”

Dice Edgar Allan Poe en su *Filosofía de la composición*: “La primera de todas las consideraciones es la de un efecto que pretende causar”.⁷¹ Lo que buscaba era la sorpresa por la explosión. La sonrisa de la mujer me parecía el último rasgo de rebeldía posible en una circunstancia atroz. Parecido al último diálogo de Pedro, un disidente político torturado quien se niega a dar nombre y apellido de los integrantes de su organización, en *Pedro y el capitán* de Mario Benedetti:

Pedro

(Abre bien los ojos, casi agonizante). ¡No... coronel!

Las luces iluminan el rostro de **Pedro**.

El **Capitán** de rodillas, queda en la sombra⁷²

⁷⁰ *Ibidem*, p.280

⁷¹ Edgar Allan Poe. *Filosofía de la composición*, Madrid, Fontamara, p.13.

⁷² Mario Benedetti. *Pedro y el capitán*, Ciudad de México, Punto de Lectura, 2001, p.86.

Pedro se eleva por encima del Capitán, igual que la protagonista de “La operación” haciéndose estallar. Quizás una justicia poética radical, pero al final justicia en un país donde la búsqueda de ella pareciera un periplo interminable.

Nubes de plata

Es una reflexión sobre el adentro y afuera; el arriba y el abajo, tomando como pretexto la obra del artista norteamericano Andy Warhol, su carácter de invertir el arriba y el abajo sus *Nubes de plata* son esculturas sin peso, para hablar del dentro y afuera en los cuerpos de una mujer y un hombre transexuales, para llegar al cuerpo sexual que, en el coito de tres, se pierde, es decir, todos son un cuerpo y, al mismo tiempo, dejan de serlo.

El adentro y el afuera. Las corporeidades que son leídas en el espacio cibernético y público como algo distinto; en este caso como el género opuesto. El narrador personaje es quien lleva la perspectiva del relato. Si bien es cierto que Jaziel y Fátima tienen un acuerdo con respecto a la corporalidad que asumen en los vídeo chats y en el tan anunciado encuentro sexual que se da al concluir el relato de final redondo; la mirada que define los cuerpos es la del protagonista: “Entonces apareció Fátima desnuda con lo que creí un arnés y me lo metió. No puse objeción por lo caliente que estaba. Temperatura, fluidos, palpitaciones. Las cicatrices de Jaziel en el pecho, muslos carnosos sin pene, nalgas redondas como gota de agua. Complitud, arriba que se hace abajo, fuera que resulta dentro.”

Los cuerpos que se diluyen y se complementan para el placer. Al protagonista le gusta Jaziel porque piensa que es un bio hombre no un hombre trans pues, hasta la primera cita, sólo sabía de su cuerpo a través del vídeo chat. “Ya habíamos intercambiado algunas fotos y un par de sesiones de cibersexo. Bueno, bueno. Está bien, la tenía grande y se venía muy rico. Eso me había hecho apresurar mi decisión [...] Sí, era tan guapo como en las fotos. Y a ojo de buen cubero, con los rayos x que siempre usaba en estos casos estaba bien dotado. “Ya sé que siempre me fijo en esas cosas, pero así soy: débil, débil.” Al protagonista el deseo lo hace ver lo que quiere (o lo que sus amantes quieren). Ve un hombre en las fotos, un pene viniéndose en la

cámara del chat y asume que es de Jaziel y no de Fátima, la mujer trans, quien acompaña a su amigo a la primera cita ante el enojo del protagonista: “Hola me llamo Fátima –me dijo la metiche esa y me extendió la mano para saludarme.” Es ésa su búsqueda de placer que lo lleva a la situación del orgasmo compartido.

“También por la carne se llega al cielo”, dice uno de los versos del “Boss canta su amor” del poeta contemporáneo Gilberto Owen. Es justamente el centro del cuento. La idea de la carne, de los cuerpos para acceder a lo que Georges Bataille llamaba *le petit mort*, la muerte mística a través del orgasmo. Los cuerpos que dejan de ser, de pensar por el placer; que se convierte en pretexto, en vehículo para acceder a lo divino. El protagonista se deja llevar por el deseo y transmuta, accede a un espacio de placer construido desde la tangibilidad de los cuerpos. Gran parte de dicha transición se sostiene con el humor, pues este gay que se presenta a la cena que precede al sexo resulta una caricaturización: “Me puse el traje Calvin Klein que por fin había terminado de pagar con la tanda. Llegué muy puntual, con un ramo de gerberas y una botella de vino. Nunca fallaba como ofrenda para la noche de sexo que me había prometido” y quien, al principio, sentía poca empatía por la amiga de su *ligue* acepta, bien a bien, el intercambio sexual. Si bien es cierto que, el personaje principal es bastante caricaturesco e invita a la comicidad, al construirlo así buscaba la identificación del lector durante el reconocimiento de esos cuerpos tan singulares que, como versa el refrán popular: Nada es lo que parece. Hablo de cambio, de transmutación en clave de humor para que el goce se multiplique. De ahí que las nubes de plata jueguen en el vagón pues, como se ve, no creo que las identidades sexuales sean fijas. Y se me ocurrió esta manera de representar la fluidez del género, juguetona y ligera, como las nubes de plata flotando por el vagón del metro

Inmaculada

Cuando lo escribí tenía en mente la novela picaresca *El Lazarillo de Tormes*⁷³, pero en cuanto al tema se parece más a *Santa*, del escritor mexicano Federico Gamboa. La mujer que sale del entorno rural después de ser mancillada por el alfeizar Marcelino Beltrán y abandonada por él tiene un aborto espontáneo frente a su familia y la madre la corre. “—¡Vete, Santa...!, —ordenó la madre mancillada en sus canas—, ¡vete...! que no puedo más.”⁷⁴ Santa huye a la ciudad en busca de la dirección “Vengo —agregó— porque ya no quepo en mi casa, porque me han echado mi madre y mis hermanos, porque no sé trabajar, y sobre todo... porque juré que pararía en esto y no lo creyeron. Me da lo mismo que estas casas y esa vida sean como se cuenta o que sean peores... mientras más pronto concluya una, será mejor [...] “ y, luego de enamorarse y salir herida, caer en un espiral de vicio y decadencia que la lleva a la muerte.

Por su parte, “Inmaculada” comienza con un reportero esperando, en la barra de un congal, a una de las vedettes más famosas de los cincuenta y se encuentra con una mujer mayor que trabaja de mesera en el congal, y es ahí donde le cuenta su historia sin perder el humor que la ha mantenido con vida.

Fue fundamental en la escritura de mi relato “El alimento del arista”, de Enrique Serna, que narra la historia de una pareja de artistas que simulan el acto sexual en el escenario de El Sarape, un congal en la zona roja de Acapulco. El texto de Serna está narrado desde la perspectiva de una cigarrera ya entrada en años, quien le cuenta la historia de su ascenso y caída

⁷³La vida de *Lazarillo de Tormes* y *de sus fortunas y adversidades* (más conocida como *Lazarillo de Tormes*) es una novela española anónima, escrita en primera persona y en estilo epistolar (como una sola y larga carta), cuyas ediciones conocidas más antiguas datan de 1554. En ella se cuenta de forma autobiográfica la vida de un niño, Lázaro de Tormes, en el siglo xvi, desde su nacimiento y mísera infancia hasta su matrimonio, ya en la edad adulta. Es considerada precursora de la novela picaresca por elementos como el realismo, la narración en primera persona, la estructura itinerante, el servicio a varios amos y la ideología moralizante y pesimista.

⁷⁴ Federico Gamboa, *Santa*, Ciudad de México, Océano, 1998, p. 26.

en el mundo artístico por amor: “Dicen que los artistas no se deben enamorar, pero yo al amor nunca le saqué la vuelta, quién sabe si por eso acabé tan jodida”.⁷⁵ La cigarrera comparte eso con Inmaculada:

Y ahí voy de pendeja a meterme con el dueño del centro de espectáculos más *popof* de entonces y que estaba casado con la hija de un tapado. Ahí fue donde me encueré, de esa época son las fotos que conoces [...] que le da al güey por dejar a la esposa. Al día siguiente ya teníamos a tres guarros siguiéndonos y cerraron el teatro, porque, me fui a enterar ese día, el teatro era del suegro. Y como sabrás me vetaron del radio, la televisión y los periódicos. De puta baja maridos nomás no me bajaron. Y bueno ahí empezó mi caída sin retorno

Ahora bien, en lo que respecta a la forma, “Inmaculada” comparte con el Lazarillo de Tormes no sólo la primera persona y el contar desde la madurez del personaje, sino el tono picaresco. Si bien es la voz narrativa del reportero con la que inicia el cuento, sólo sirve como pretexto para que Inmaculada nos cuente en un largo monólogo su ascensión y caída en el mundo del espectáculo mexicano, donde constantemente está apelando al reportero /lector con el apelativo *manito*.

Más cercana a Inmaculada está: *La Lozana Andaluza* de Francisco Delicado escrita en 1528 donde a través de las memorias de Lozana se describe la vida útil de una prostituta:

CAPITÁN: Señora Lozana, ¿cuántos años puede ser una mujer puta?

LOZANA: Dende doce años hasta cuarenta.

CAPITÁN: ¿Veinte y ocho años?

LOZANA: Señor, sí: hartarse hasta reventar.⁷⁶

⁷⁵ Enrique Serna, *Amores de segunda mano*, Ciudad de México, Cal y Arena, 2016, p.14

⁷⁶ Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004, p.220

Las dos mujeres caen presas de sus pasiones pero, sobre todo, del amor romántico. Inmaculada termina sola y de mesera en un congal de mala muerte. Su realidad no es muy distinta al documental *Bellas de noche* (México, 2016) de María José Cuevas, quien mediante entrevistas retrata los testimonios de varias vedettes mexicanas, fuera del glamour de días pasados.

El relato trata de visibilizar a mujeres que por su transgresión son castigadas. La primera de ellas consiste en enamorarse de quien no debían. Santa del alférez e Inmaculada del yerno de un tapado. Mientras Santa muere, Inmaculada termina “mesereando” y como algunas de las vedettes del documental de Cuevas, sola en la tercera edad: destino prometido en una sociedad que explota la belleza y juventud de las mujeres. Mujeres quienes a través de su cuerpo se ganaban la vida y que por eso son relegadas a la soledad. Mercancía con fecha de caducidad pues, como dice Olga Breeskin en el filme *Bellas de noche* (México, 2016): “Piensas que la juventud va a ser para siempre y no te das cuenta que es la época más corta de tu vida.

Él

Este relato surgió como respuesta a un reto: Hacer que dos personas que pensarán totalmente distinto tuvieran una conversación donde, cada uno, defendiera su postura hasta las últimas consecuencias. Y a lo que lecturas de novelas como *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy* del español Eduardo Mendicutti; *Antes que anochezca*, del cubano Reinaldo Arenas y el texto de la teórica inglesa Judith Butler, *Género en disputa*, dejaron como resonancia en mi cabeza. El que los personajes tuvieran una relación filial potenciaba la discusión y la pertinencia de las preguntas como: “—¿Amor? ¡Por favor! Eso es una aberración. Está contra la naturaleza. —¡Me das asco! —dice con franca molestia... —¿Qué le voy a decir a Inés? Te invito a la boda de mi papá. Por cierto, se va a casar con un hombre —dice. —¿Cómo qué? Eres mi papá. Se supone que te gustan las mujeres. O qué, ¿yo nací por generación espontánea? —le pregunta.” O aseveraciones como: “Es que papá. ¿Cómo te atreves? No sólo eres eso, sino que quieres exhibirlo —concluye. —¿Qué? No mames, papá. Guácala —contesta.”

La posición de franca homofobia del hijo hacia el padre tiene el propósito de apelar/confrontar al lector. Un padre que permanece ecuánime y calmado durante la discusión que se torna acalorada. ¿Por qué no reacciona de manera violenta contra Ernesto quien, además, le ha pegado?:

—Papá ¿por qué eres tan civilizado? —le contesta francamente molesto.

—Porque lo que siento por José no es nada malo. Es amor —le dice.

Es así, que la intención al escribir este cuento es hablar del amor en varios niveles. Primero entre el padre y el hijo. Buscaba que en las palabras de Ernesto se notara la manera en que los hombres demuestran estar heridos o con miedo:

el poder social de los hombres es la fuente de su poder y privilegios individuales, pero también es fuente de su experiencia individual de dolor y alienación [...] el reconocimiento de tal dolor es un medio para entender mejor a los hombres y el carácter complejo de las formas dominantes de masculinidad.⁷⁷

Ante la pasividad de un padre que trata de entenderlo. Un padre que busca durante todo el relato la aprobación de su único hijo.

El que dos personajes con ideologías tan distintas con una relación consanguínea permitía mostrar pensamientos que, si bien no son políticamente correctos, aún hoy son los de la mayoría. Bástenos ver las cifras de feminicidios o crímenes de odio por preferencia sexual.

⁷⁷ Ander Bergara (2008), *Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades*, [archivo PDF] País Vasco, EMAKUNDE- Instituto Vasco de la Mujer, Recuperado de <https://es.calameo.com/read/00134756206b7e4163b38>

Conclusiones

Esperpentos de fatalidad surgió como una necesidad de escritura, de representar un mundo interno que se comunicaba con el exterior. Una imagen puesta en marcha a través de personajes, conflictos y ambientes: mundos literarios posibles y plausibles en busca del lector ideal o no dispuesto a andar por los caminos sinuosos y nada complacientes de mi narrativa. Lectoras que quisieran ser atravesadas, apeladas, encontradas en mundos de apuestas poco condescendientes. Opositores al sistema ascético, hiper higienizado del deber ser. Lectores reflexivos que se encontraran y reconocieran en los signos de negros entre blancos. *Signos sonoros* que se aproximan a otros cuerpos entre los susurros del aire.

En este camino, mi trabajo se ha encontrado con los lectores. *Esperpentos de fatalidad* (*sonoro*) ha confluído con ellos: Trece voces dispuestas a encarnar las palabras que construyen los relatos. Trece personas con quienes conversando encontramos el nuevo timbre de las voces en mi cabeza. Trece sonoridades particulares que reconfiguran a la lectura en el espacio público. Trece voces que como el Arcano XIII del tarot, transmutan. La colectividad encarnada, añorada, deseada que susurra que se reconecta con el otro, también lector. Gracias a todos. Gracias, Daniel Loyola.

Fragmentos, pedazos, retazos que se reinventan en el acto de amor detrás del infanticidio (“Madres”); en los tacones de una mujer trans que anda los pasos de la ausencia (“A la carta”); en la búsqueda desesperada de la identidad perdida de una mujer presa del Síndrome de Estocolmo (“Amor”); en las noches azules de una ninfómana esquizofrénica que busca justicia (“Minerva”); en la imposibilidad de amistad luego de la muerte de uno de los vértices de un singular triángulo amoroso (“Amigos”); en las consignas políticas de amor entre dos jóvenes que creen posible la revolución (“Revolución”); en la búsqueda de memoria colectiva de una realidad desmemoriada

(“Autonomía”), en la opresión violenta hacia cuerpo femenino que es violado y explotado por la rapacidad neoliberal (“Ella”); en la búsqueda de un vida mejor asaltando una panadería que lleva a la muerte a una joven pareja, y donde un padre salva la vida de milagro (“Desconocidos”); en el estallido de justicia poética de una guerrillera urbana (“La operación”); subvertiendo el adentro y el afuera de los cuerpos en el orgasmo (“Nubes de plata”); en la visión pícaro de un vedette ya entrada en años y venida a menos (“Inmaculada”) y, finalmente, en la sonrisa de un padre sextagenario pronto a casarse luego de que su hijo le azotase la puerta (“Él”).

Tres partes. Tres ejes temáticos: en el primero problematizo al amor romántico y en el segundo y tercero, hablo sobre disidencias políticas y sexuales, respectivamente. Con este ejercicio creativo y de análisis cierro mi ciclo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México e inicio otros. Ese sentimiento transitado que se trasciende. Lo que me toca todos los días cuando camino por la calle o leo los diarios. Lo que me toca en una suerte de apuesta ético-política. Y, desde la frontera de los cuerpos, la precariedad violenta y la vejez que impone sus reglas.

Mi apuesta, mi disentir como escritora, está en el pulso de estos relatos reflexivos corrosivos. En la distopía renovadora que busca la fisura por dónde colarse en la construcción de otro mundo posible.

Esperpentos de fatalidad va por la auto edición⁷⁸: artesanía del tú a tú que invita a conversar con públicos cercanos, a reconocerse en el voz a voz. Edición pequeña, limitada a la conversación/conversatorio de los lectores que se sientan convocados en una presentación centrada en ellos y donde el texto sea el pretexto para el diálogo.

⁷⁸ Siguiendo la propuesta que la colectiva *Pensaré cartoneras* propuso en el Taller Hemos decidido dejar de ignorar este hecho Edición autónoma frente al racismo (21 y 22 de noviembre de 2017) y en la mesa con el mismo nombre (23 noviembre) ambos eventos en el Museo Universitario del Chopo.

Me gustaría concluir con un fragmento del discurso que el escritor argelino Albert Camus enunció ante la academia Sueca cuando le entregaron el Premio Nobel de Literatura en 1957 y quien es, quizás, el escritor que más me ha atravesado:

Personalmente, no puedo vivir sin mi arte. Pero jamás he puesto ese arte por encima de cualquier cosa. Por el contrario, si me es necesario es porque no me separa de nadie, y me permite vivir, tal como soy, a la par de todos. A mi ver, el arte no es una diversión solitaria. Es un medio de emocionar al mayor número de hombres, ofreciéndoles una imagen privilegiada de dolores y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista a no aislarse; le somete a la verdad, a la más humilde y más universal. Y aquellos que muchas veces han elegido su destino de artistas porque se sentían distintos, aprenden pronto que no podrán nutrir su arte ni su diferencia más que confesando su semejanza con todos.⁷⁹

Estas palabras me han acompañado durante mucho tiempo y, a mi modo de ver, en ellas están contenidas las directrices en mi oficio de escritora.

⁷⁹ Albert Camus, *El revés y el derecho; Discurso de Suecia*, Madrid, Alianza Editorial, p.75.

Referencias biblio-hemerográficas

- Aktories, Susana. “Poesía sonora, arte sonoro: un acercamiento a sus procesos de semiosis”, *Acta Poética* 29. 2008.
- Anónimo, *Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*,
- Anzaldúa, Gloria. “La prieta” en *Este puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco, ISM Press, 1988.
- Arredondo, Inés, *Río subterráneo*, Ciudad de México, Secretaría de Educación Pública/ Joaquín Mortiz, 1989.
- Benedetti, Mario, *Pedro y el capitán*, Ciudad de México, Punto de Lectura, 2009.
- Calloni, Stella, *Operación cóndor pacto criminal*, Ciudad de México, La Jornada, 2001.
- Campobello, Nellie, *Cartucho*, Ciudad de México, Era, 2000.
- Camus, Albert, *El revés y el derecho; Discurso de Suecia /*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.
- Carver, Raymond, *Short cuts*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- Cortázar, Julio, *Obras I*, Madrid, Alfaguara, 1994.
- Donoso, José, *El lugar sin límites*, Barcelona, Bruguera, 1984.
- Delicado, Francisco, *La Lozana Andaluza*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004.
- Eurípides. *Tragedias I*, Madrid, Gredos, 1991.
- Federici, Silvia, *Caliban y la bruja*, Madrid, Traficantes de sueños, 2015.
- Gamboa, Federico, *Santa*, Ciudad de México, Océano, 1970.
- Lara Klahr, Marcos y Francesc Barata, *Nota(n) roja. La vibrante historia de un género y una nueva manera de informar*, Ciudad de México, Debate, 2009.

Paz, Octavio, *Piedra de sol*, México, Seix Barral, Barcelona, 1989.

Poe, Edgar Allan, *Filosofía de la composición*, Madrid, Fontamara, 2011.

Revueltas, José, *Los muros de agua*, Ciudad de México, Era, 1980.

Samperio, Guillermo coor. *Di algo para romper este silencio. Celebración por Raymond Carver*, México, Lectorum, 2005.

Serna, Enrique, *Amores de segunda mano*, México, Cal y arena, 2003.

Venegas, Jacobo (comp.), *Funk. Antología de cuento*, Ciudad de México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2010.

Vallejo, César, *Los heraldos negros*, Perú, Editora Perú Nuevo, 1956.

Valle- Inclán, Ramón María, *Luces de bohemia*, Ciudad de México. Ediciones Castillo, 2015.

Referencias electrónicas

Anónimo. (17 de noviembre de 2012) “La Ínsula Barataria. Entrevista con Valle Inclán”, ABC, Martínez Sierra [Entrada en blog]. Recuperado en: <http://lenguaitana.blogspot.mx/2012/11/entrevista-con-valle-inclan-abc.html>

Balderas, Oscar (2016, 23 de septiembre). “La pobreza que mata: el suicidio de una madre mexicana que se llevó a sus hijos”. *Vice*. Recuperado de https://www.vice.com/es_mx/article/j554ad/la-pobreza-que-mata-el-suicidio-de-una-madre-mexicana-que-se-llevo-a-sus-hijos.

Biosstarsmx [biosstarsmx]. (2014, Abril 24). Trailer: Crónicas de Castas [Archivo de video]. Recuperado <https://www.youtube.com/watch?v=kaNuAcecU-4>

Bergara, Ander (2008), “Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades”, [archivo PDF] País Vasco, *EMAKUNDE*- Instituto Vasco de la Mujer, Recuperado de <https://es.calameo.com/read/00134756206b7e4163b38>

Caballero, Haru. [Haru Caballero]. (2013, Julio 15). Panteón Rococó - La carencia. Recuperado <https://www.youtube.com/watch?v=Ki1aIjoDrTQ>

CAM (2015, 15 de diciembre). “Reporte de investigación 122. México: Se agudiza la súper explotación del trabajo. Continúa la pérdida del poder adquisitivo del salario de 9.65% con Peña Nieto”. CAM. Recuperado de <http://cam.economia.unam.mx/reporte-de-investigacion-122-mexico-se-agudiza-la-superexplotacion-del-trabajo-continua-la-perdida-del-poder-adquisitivo-del-salario-de-9-65-con-pena-nieto/>

Celis, Fernanda “Precariedad, la constante laboral de las mujeres en México”. *Forbes*. (24 de enero de 2018). Recuperado de <https://www.forbes.com.mx/asi-es-la-precaria-situacion-laboral-de-las-mujeres-en-mexico/>.

Dey, Teresa (29 de julio de 2011). “Enunciación y voces del relato” [Mensaje en un blog]. Recuperado de <https://uacmenunciacionyvoces.wordpress.com/>

Edelsen, Josefina (4 de mayo 2017). “Por qué la masculinidad se transforma en violencia”. *La voz*. Recuperado de <http://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/por-que-la-masculinidad-se-transforma-en-violencia>.

Egremy Pinto, Nydia (10 de agosto 2011). "A 35 años de su asesinato Ché, ícono del capitalismo. *Contralínea*. Recuperado de <http://www.contralinea.com.mx/c7/html/lglobal/che.html>

Emanuelsson, Dick (2016, 17 de diciembre). “Entrevista a la periodista Mariana Berlanga sobre el feminicidio en la Ciudad de Juárez”. *HR News*. Recuperado de <https://hoyhayresistencia.blogia.com/2006/121707-entrevista-a-la-periodista-mariana-berlanga-sobre-el-feminicidio-en-la-ciudad-de.php>

Herrera, Coral (18 de agosto de 2012). “La construcción social de la desigualdad a través del amor romántico” [Mensaje en un blog]. Recuperado de <https://haikita.blogspot.com/2012/08/la-construccion-social-de-la.html>

Nuestra voz radio. [nuestravozradio.tv]. (2018, Febrero 24) Cuentos sonoros en Retorcidas NVR [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Wa1AGkrtBFQ>

Ramírez, Sergio. (31 de agosto de 2017). Historia negra, novela negra. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2017/08/31/opinion/019a2pol>

Redacción. (27 de febrero 2012) “Acorralados, pareja de ladrones se suicida tras su último beso”.

Zócalo. Recuperado en: <http://www.zocalo.com.mx/seccion/articulo/acorralados-pareja-de-ladrones-se-suicida-tras-su-ultimo-beso/www.belfurniture.com>

Santos Zas, Margarita. (30 de marzo de 2017). “Introducción a la vida y obra de Valle-Inclán”,

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de

http://www.cervantesvirtual.com/portales/catedra_valle_inclan/vida_ultimos_anos/